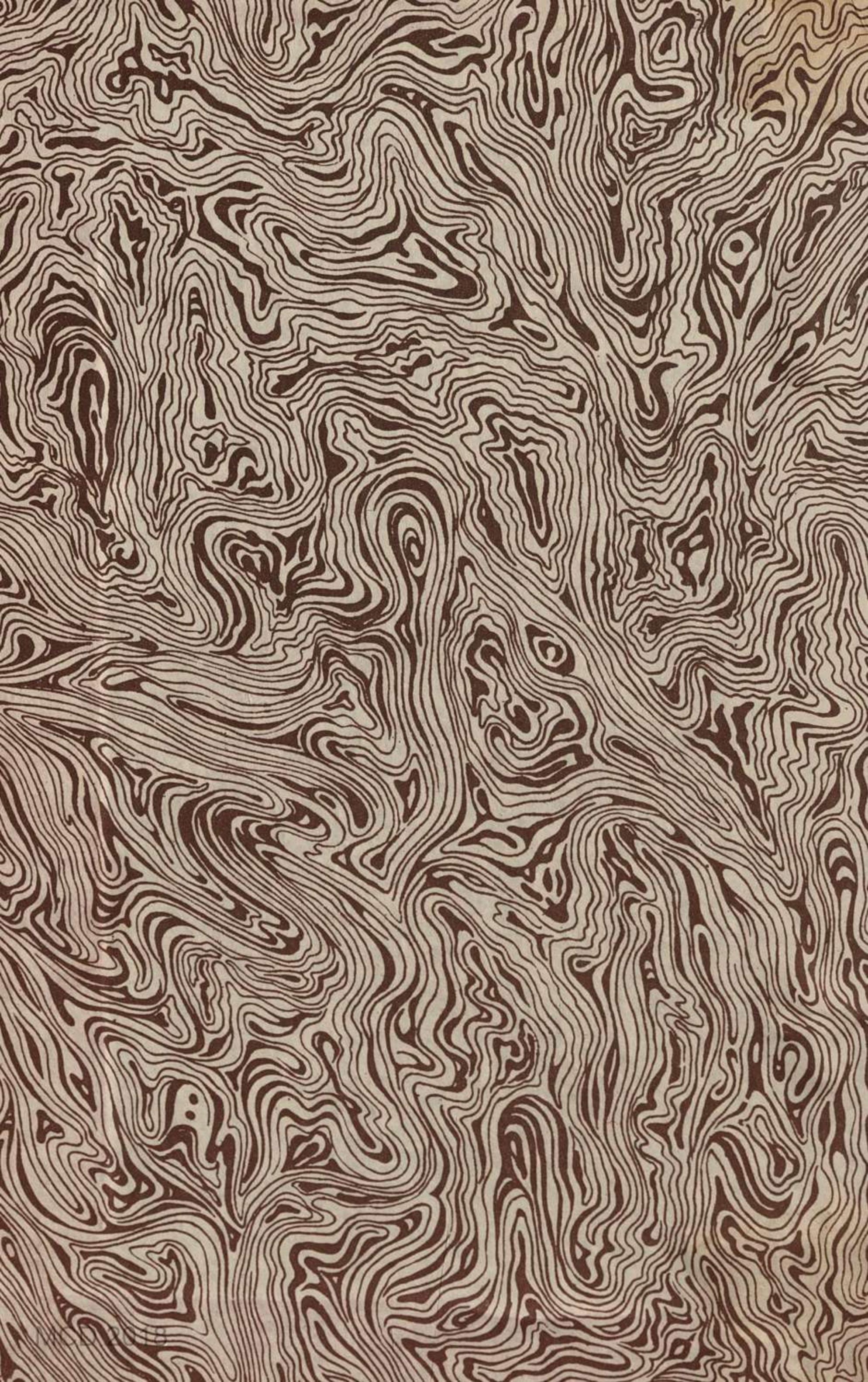


ATENEAE

1927

0008(x3)(05)







Año IV

Núm. 1

008(83)(01)

Ateneea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Dr. Alejandro Lipschütz: *Las Secreciones Internas* □ Armando Donoso: *Carlos Pezoa Velis* □ Antonio Bórquez Solar: *Bizarrías de Antaño* □ Hombres, ideas y libros: Roberto Espinoza: *El problema educacional* □ Raúl Silva Castro: *La cultura y las letras* □ Esteban Rivadeneira: *Régimen de inversión de los fondos públicos* □ Espectador: *Ecos de París* □ NOTICIARIO □ EX-LIBRIS □ GLOSARIO DE REVISTAS □ □ □ □ □ □ □ □ □ □

1927
—
1

Universidad de Concepción. Chile

MCD 2018
Precio: \$ 3.00 ~ Marzo 31 de 1927

Año IV

Núm. 1

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

V O L U M E N I

1.º Semestre de 1927

Universidad de Concepción. Chile

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO IV

MARZO 31 DE 1927

NÚM. 1

Dr. Alejandro Lipschütz

Profesor de Fisiología,
Director del Instituto de Fisiología
de la Universidad de Concepción
(Chile)

Las Secreciones Internas

Conferencia pronunciada en el salón de honor de la Universidad de Chile, el 7 de Octubre de 1926. En esta oportunidad, hizo la presentación del Prof. Dr. Lipschütz el Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad del Estado.

La disertación sobre *Secreciones Internas* fué leída también por su autor en el salón de la Extensión Universitaria de la Universidad de Concepción, el 14 de Diciembre de 1926.

1. Motivos para discutir los problemas de la Secreción Interna. — El rol, de Brown-Sécard.
2. ¿Qué es una Secreción Interna?—Hormones y Secreciones Internas.—La «Integración orgánica» por medio de hormones. — Los hormones no son necesariamente específicos, pero la Secreción Interna del Cuerpo tiroide y de otras glándulas son específicas.
3. La Secreción Interna como única función de ciertos órganos.—Organos con

una función doble: el Páncreas y las Glándulas Sexuales. — La Insulina, la Secreción interna del Páncreas.

4. La acción morfogenética de las Secreciones Internas. — El rol morfogenético de las Glándulas Sexuales.—El problema de los «Harmozones» de Gley. —Las Secreciones internas y las Razas humanas.

1. MOTIVOS PARA DISCUTIR LOS PROBLEMAS DE LA ENDOCRINOLOGÍA

EL problema de las secreciones internas o, en otras palabras, el problema de la *Endocrinología*, es uno de los más discutidos en la Ciencia Médica y en la Biología General. Y es fácil comprender este hecho. Si es posible caracterizar el último cuarto del siglo pasado como la época Bacteriológica de la Ciencia Médica, convendría llamar al primer cuarto de nuestro siglo, la época Endocrinológica de la misma ciencia. Todos, casi, hemos convivido las innovaciones teóricas y prácticas de la época Bacteriológica, con la cual los nombres de Semmelweiss, Pasteur, Lister, Robert Koch, Bering y Ehrlich están tan ligados. Y hemos convivido el amplio desarrollo de una nueva, brillante rama de nuestra ciencia, de cuya importancia teórica y práctica ninguno de entre nosotros dudará, y cuya significación científica revolucionaria, es reconocida por todo el mundo.

Pero ¿por qué tratar de nuevo ante Uds. un grupo de problemas ya tan discutidos en libros y archivos médicos y biológicos? ¿Por qué tratar problemas que fueron ya muchas veces objeto de artículos populares en los diarios, y objeto de lecciones de la extensión científica? Sin embargo, creo que hay razón para ello. Mientras más problemas científicos se discutan, mientras más ideas científicas entren en el campo del pensamiento cotidiano de los hombres de ciencia y de los profesionales y gente culta en general, tanto más se obscurecen las concepciones fundamentales que son base de esta rama científica. Y, de tiempo en tiempo, es necesario para los científicos y para los que se interesan por el desarrollo de tales ideas, darse cuenta

de estas concepciones; es preciso pasar, por decirlo así, por un proceso de purificación teórica. En mi conferencia, tentaré pasearme con Uds. ante este proceso. Hace 13 años, el ilustre maestro francés *Gley*, el fisiólogo del Colegio de Francia, que ha enriquecido la Endocrinología con grandes descubrimientos, comenzó la gran obra de clarificación en la Endocrinología, y su obra fué de utilidad enorme en nuestro campo. Uds. estarán de acuerdo, lo creo, en que será útil también para nosotros discutir estos conceptos fundamentales de la Endocrinología.

Permitidme decirles que hay, sin embargo, otro motivo, un motivo personal, para tratar aquí el concepto general sobre las secreciones internas. La Ciencia Médica se originaba en los últimos siglos en Europa; se originó allá también la Endocrinología Moderna, a la cual los nombres de *Claude Bernard* y de *Brown Séquard*, su sucesor en el Colegio de Francia, van tan íntimamente unidos. En estudios importantísimos que hizo durante los últimos 15 años sobre la historia de la Endocrinología.* *Gley* ha demostrado que *Claude Bernard* tenía ya un concepto sobre las glándulas que entregan ciertas sustancias necesarias a la sangre; pero, según *Gley*, el verdadero fundador de la Endocrinología moderna es *Brown Sèquard*. Es interesante hacer notar que *Brown Séquard* no fué europeo; era hijo de un norteamericano y de una francesa, y nació en la isla de Mauricio, en el Océano Índico. Me parece que este origen lo liberó de muchas inhibiciones tradicionales, que tan frecuentemente impiden el pensamiento y el trabajo científico y que no permiten, a veces, dar un paso airoso en un campo todavía desconocido. Si *Brown Sèquard* no hubiera nacido en la isla de Mauricio, sino en Londres, París o Berlín; si *Brown Sèquard*, no hubiera seguido su vida inquieta de profesor errante que paseaba por Francia, Inglaterra y los EE. UU., tal vez no habría tenido el valor de iniciar la Endocrinología con experimentos sobre la acción de extractos testiculares, que, debemos decirlo, no fueron sólida-

* Véase especialmente *E. Gley, Les sécrétions internes*. 3.^e édition. Paris. Ballières, 1925. *Les grands problèmes de l'Endocrinologie*. Paris. Ballières, 1926.

mente fundados. Pero no es la primera vez que experimentos que dejan algo que desear, desde el punto de vista de la exactitud científica, originan un desarrollo brillante de una nueva rama de la ciencia.... Yo creo que también el genio de las nuevas razas que nacieron en la América Latina, en los últimos quinientos años, que este genio inquieto, impetuoso y orgulloso, liberándose de las cadenas impuestas por el pasado, sabrá abrir nuevos horizontes a la Ciencia Médica. Creo que el momento actual es uno de los más importantes en la vida de la América Latina, como lo fueron los años de la lucha por la Independencia, hace cien años. Creo que ha comenzado la lucha de la América Latina por la independencia de su genio; que ha comenzado la lucha de la América Latina para entrar, como colaborador original, en la investigación científica. Lo creo al ver la obra de la Facultad de Medicina de Santiago y de nuestros colegas, en Argentina, Brasil y México.

Excusadme, señores, el haberme apartado del tema, lo que, a su vez, puede ser útil.

2. ¿QUÉ ES UNA SECRECIÓN INTERNA? HORMONES Y SECRECIONES INTERNAS

El primer punto que debemos tratar es la cuestión de qué sea una secreción interna; qué la Endocrinología.

Recuerdo muy bien las discusiones que sostenía con mi ilustre maestro, el venerado difunto *Max Verworn* en Göttingen y Bonna, en los años en que la Endocrinología moderna comenzaba a penetrar en el pensamiento de los médicos. *Verworn* se mostró muy crítico, desde mi punto de vista demasiado crítico, frente a las nuevas ideas. Esa crítica se basó en el hecho de que *todos* los órganos, *todas* las células de un organismo están unidas las unas a las otras por medio de la sangre, que trae sustancias que a su vez se originan en *todas* las células y que influyen sobre todo el organismo. No sería posible, de esta manera, separar un grupo de órganos o de sustancias

para formar una rama especial de *órganos endocrinos*. Si hay Endocrinología toda la Fisiología no es otra cosa que Endocrinología. Y, en verdad, a primera vista parece que no hubiera razón alguna para hablar de *órganos endocrinos*, si todos los *órganos* lo son. Un ejemplo, que he discutido ya en mi clase inaugural, lo demuestra de una manera más clara. Sabemos que los movimientos respiratorios son regulados por un centro existente en el bulbo raquídeo; y sabemos hoy día que la frecuencia y la profundidad de los movimientos respiratorios, y, de esta manera, la cantidad de aire respirado en la unidad de tiempo, dependen de la acidez de la sangre que irriga el centro respiratorio. La acidez de la sangre, por su lado, depende de la cantidad de ácido carbónico producida en los *órganos* y que le es entregada. En un trabajo muscular más grande, la cantidad de ácido carbónico y la acidez de la sangre aumentan; el centro respiratorio se excita, y la frecuencia y la profundidad de los movimientos respiratorios aumentan también. Se trata aquí de una regulación funcional por intermedio de una sustancia química producida por un *órgano*, entregada a la sangre y que actúa sobre un centro nervioso de manera específica. Esta regulación funcional es un medio de *integración orgánica*, un medio que sirve al organismo para ser una unidad, para adaptar las funciones de sus aparatos particulares a las necesidades del organismo total. La formación de una cantidad más grande de ácido carbónico excita la función del aparato respiratorio, que sirve a la vez para excretar esta misma sustancia, cuya acumulación causaría una intoxicación del organismo. Se trata aquí de una *integración orgánica*, en un mecanismo de *autorregulación*, por medio de sustancias que circulan en la sangre.

Seguro estoy de que Uds. ya habrán deducido la conclusión que se impondría aquí con una necesidad absolutamente lógica: todos los músculos de nuestro cuerpo o, en otras palabras, un 40% del cuerpo animal, son *órganos de secreción interna*. Y no sería menos lógico hacer entrar casi todo el saldo, el 60% de nuestro cuerpo, en el marco de la Endocrinología. Todas las células producen ácido carbónico, todas las células producen

mensajeros químicos, para servirnos del término de *Bayliss and Starling*, todas las células producirían *hormones* o sustancias estimulantes que actuarían de una manera específica sobre los órganos. Y no puede negarse que si en la noción de secreción interna entra solamente el carácter de *mensajero químico* o de un hormón producido por cualquier órgano, todos los órganos serían órganos de secreción interna, órganos endocrinos.

Pero esto es sólo un lado de la verdad científica. Hay todavía otro aspecto que también debe verse. El ácido carbónico es un mensajero químico que se produce en *todos* los órganos. Ahora bien, hay órganos que entregan a la sangre sustancias que *no se producen* en otros órganos, mensajeros químicos *absolutamente específicos*, en tal sentido, que ningún otro órgano puede sustituirlos. Tomemos de nuevo un ejemplo, un ejemplo clásico en la Endocrinología. Hace ya casi 70 años que el genial fisiólogo *Moritz Schiff* comunicó que la extirpación de la Glándula Tiroides causa en los perros trastornos muy graves; y de ello dedujo *Schiff* que la glándula Tiroides,—para la cual hasta entonces los fisiólogos habían buscado, y sin éxito, una función,—es un órgano de importancia vital. Poco a poco, después de repetidas luchas entre los fisiólogos, luchas que no seríamos capaces de comprender sino desde el punto de vista histórico, como no podemos comprender las luchas religiosas de nuestros antepasados, si no nos colocamos sobre el alto nivel de la crítica histórica,—después de repetidas luchas, se estableció finalmente la verdad; y es que la glándula Tiroides produce sustancias que actúan en las diferentes partes del organismo animal, sustancias específicas producidas sólo en este órgano. El animal no presenta ninguna desviación si se deja en el organismo un trocito de la glándula Tiroides «in situ». El animal totalmente tiroidectomizado permanece también normal si se injerta de tiempo en tiempo, debajo de la piel, tejido tiroideo o si se recibe por vía bucal tiroides fresca o disecada. El hombre enfermo que sufre todo el conjunto de síntomas causados por la falta del Tiroides, se transforma de una manera estupefaciente si se introducen en él polvos o píldoras de tiroides.

Estos hechos son suficientes para permitir la conclusión de que el Cuerpo Tiroides representa un órgano endocrino, en el sentido de que secreta sustancias químicas específicas, que no se producen en ningún otro órgano. Y, actualmente, parece que no estamos lejos del momento en que la Química Biológica resuelva el gran problema de conocer la fórmula química del hormón tiroideo y de hacer su síntesis artificial.

Comparen Uds. la situación del ácido carbónico, producido por todos los órganos, y la situación del hormón tiroideo, producido solamente por este órgano, y comprenderán el carácter fundamental del órgano endocrino: producir sustancias *específicas* entregadas a la sangre y destinadas a actuar de una manera también específica sobre otros órganos. El ácido carbónico también actúa sobre otros órganos y es el, también un *hormón*. Pero no es una *secreción interna*, porque no es una *sustancia específica*.

3. LA SECRECIÓN INTERNA COMO ÚNICA FUNCIÓN

La noción del órgano endocrino sería incompleta si termináramos aquí nuestro análisis. Uds. lo comprenderán por la exposición siguiente:

He dicho ya que no había ninguna función que atribuir al cuerpo tiroides antes de *Moritz Schiff*, a mediados del siglo pasado. Y, en oposición a todo el nuevo conocimiento del cuerpo tiroides que siguió a *Schiff* en oposición a *Reverdin* y a *Kocher*, todavía en el año 96 *Hermann Munk*, uno de los más grandes investigadores de las funciones nerviosas, lamentaba, según expresa en uno de sus trabajos, que aun hubiera gente que creyera que realmente el Cuerpo Tiroides tiene una función vital. ¡Qué lucha de ideas! ¡Qué obstáculos encuentra una nueva idea de la ciencia en la mente de los investigadores más profundos y penetrantes! Pero en nuestro conjunto esta oposición tiene otro interés *teórico*, si recordamos que la función endocrina es la *única función* de ciertos órganos, la única fun-

ción sin la cual el cuerpo Tiroides pierde de nuevo la situación adquirida en una larga lucha de experimentos y de ideas; y es lo mismo para las glándulas Paratiroides, las Cápsulas Supra-renales y la Hipófisis.

Es posible separar ampliamente las secreciones internas específicas de los mensajeros químicos no específicos, como el ácido carbónico. La especificidad química de las secreciones internas no provoca dificultades lógicas. No sucede lo mismo, con respecto al segundo carácter que hemos discutido anteriormente, el ser la secreción interna la única función de ciertos órganos. Un ejemplo lo explicará muy fácilmente.

En la historia de la Endocrinología, los experimentos de *Mering* y *Minkowski*, el año 1889, jugaron un papel muy preponderante. Esos investigadores alemanes practicaron la ablación del páncreas en perros, y constataron que inmediatamente después de la operación, aparece todo el conjunto de síntomas característico de la diabetes, bien conocidos por el médico. El nivel de azúcar en la sangre aumentó, y los animales operados excretaron azúcar por la orina. Podría creerse que había en esos experimentos una lesión de ciertas vías nerviosas que existen entre el páncreas y otros órganos, y que estas lesiones serían la causa de los trastornos del metabolismo, consecutivos a la ablación del páncreas. Es la misma dificultad experimental que hemos encontrado con la ablación del cuerpo Tiroides, experimentos que, como hemos dicho, ya fueron de grande importancia en el desarrollo histórico de la Endocrinología. *Mering* y *Minkowski* han sobrepasado también esta dificultad, practicando una ablación parcial del páncreas. Aunque la ablación parcial causa, como la ablación total, una lesión muy extensa de vías nerviosas, no hay después de ella trastornos de metabolismo. El nivel de azúcar en la sangre permanece normal, si persiste un pequeño trozo de páncreas. Además, *Mering* y *Minkowski* han injertado, en perros depancreatizados, trozos de páncreas bajo la piel; y así, los trastornos no se presentan. Llegan sólo algún tiempo después y de una manera muy característica para el animal depancreatizado, cuando el trozo

injertado desaparece por degeneración y por absorción. Ya todos esos experimentos de *Mering* y *Minkowski* demostraron con gran claridad que el páncreas actúa por intermedio de hormonas específicas, que actúa como un órgano de secreción interna.

Experimentos sucesivos han acumulado nuevos hechos, que hacen del páncreas un órgano endocrino, no menos seguro que el Cuerpo Tiroides.

Forschbach unió, suturando, a dos perros; es el experimento bien conocido actualmente, después de los trabajos de *Sauerbruch* y *Morpurgo*, con el nombre de *parabiosis*. Si los dos animales sobreviven por algún tiempo después de la operación, se establece entonces una circulación común, hay un intercambio de sangre entre los dos socios parabióticos, intercambio de sustancias químicas entre los dos animales unidos. Ahora, *Forschbach* hizo la ablación del páncreas en uno de los socios parabióticos; el animal sufrió en el metabolismo del azúcar un trastorno *muy poco acentuado*. Evidentemente el hormón específico del páncreas del sodio normal, entraba también en la sangre del socio depancreatizado, para impedir el desarrollo completo de los trastornos consecutivos a la ablación de este órgano. El fisiólogo francés *Hédon* ha agregado una nueva prueba en el mismo sentido: ha tomado sangre de la vena del páncreas de un perro normal, para inyectarla a un perro depancreatizado y ha podido constatar que el azúcar excretado en la orina del último, disminuye por algunas horas.

No podía existir después de todos estos experimentos ninguna duda que el páncreas es un órgano endocrino. En cuanto al páncreas, tenemos en la mano casi todos los criterios que *Gley* ha considerado como condiciones para declarar un órgano como órgano de secreción interna, y tenemos en la mano, especialmente, el criterio que, con *Gley*, se puede considerar como el más importante: la demostración de la presencia de una sustancia específica en la sangre, sustancia que sale del órgano respectivo.

Los trabajos muy conocidos de *Maceod*, *Banting* y *Best*

de la Universidad de Toronto, han dado una confirmación brillante al concepto de que el páncreas actúa como un órgano endocrino. Yo creo que la mayor parte de Uds. sabe ya que hace 5 años los investigadores canadienses han demostrado que puede prepararse, sin grandes dificultades técnicas, un extracto del páncreas que actúa de una manera definida sobre el metabolismo del azúcar. Si se inyecta este extracto bajo la piel, o directamente en la sangre, en un perro depancreatizado que ofrece los síntomas diabéticos con un nivel exagerado de azúcar en la sangre, el nivel disminuye después de poco tiempo; con inyecciones sucesivas del extracto pancreático, es posible sostener al perro depancreatizado en un estado de salud más o menos perfecto. Si se inyecta el extracto pancreático en animales normales, hay también una disminución del nivel de azúcar en la sangre, y con inyección de extracto pancreático se puede disminuir el nivel de azúcar hasta un límite tan bajo que se presentan ciertos síntomas, especialmente convulsiones; el animal muere si no se inyecta inmediatamente azúcar, necesaria a la sangre. Si la falta del hormón pancreático produce una *hiperglicemia*, la presencia de un exceso de este hormón, produce una *hipoglicemia*.

Podemos decir con gran seguridad que el páncreas no es solamente un órgano endocrino, sino el órgano casi modelo de la Endocrinología Moderna.

Ahora, desde el punto de vista de nuestra noción de órgano endocrino, se presenta una dificultad. La secreción interna del páncreas no es su única función; actúa el páncreas también por intermedio de secreciones que no son entregadas a la sangre, sino al intestino, secreciones que participan ampliamente en la digestión. Es el páncreas una glándula de digestión de la más importantes, y obra simultáneamente sobre las albúminas, las grasas y los hidratos de carbono. Era ya conocida esta función digestiva del páncreas antes de los experimentos de *Mering* y *Minkowski*, antes que supiéramos cosa alguna sobre la secreción interna de este órgano. El páncreas es así un órgano de doble función: órgano de secreción inter-

na y, al mismo tiempo, órgano de secreción externa, considerando al intestino como una superficie externa del cuerpo animal.

Es la misma situación que atañe a las glándulas sexuales, cuya secreción interna fué muy ampliamente discutida en los últimos años, después de los descubrimientos de *Brown-Séquard*, de *Bouin* y *Ancel*, de *Steinach* y de muchos otros. Sabemos actualmente de una manera definitiva que el comportamiento sexual, y no menos los caracteres sexuales físicos, dependen, en su desarrollo y en su persistencia, de secreciones internas del testículo y del ovario. Pero también sabemos que las glándulas sexuales producen las células generativas, que se secretan hacia la superficie. Las glándulas sexuales son órganos de una función doble, como el páncreas.

Aquí se presenta un problema muy interesante: ¿Son, en el páncreas y en las glándulas sexuales, las mismas células las que producen la secreción interna y la secreción externa? ¿o existen en el páncreas y en las glándulas sexuales células especiales para una y otra forma de secreción? En otras palabras, ¿hay en el páncreas y en las glándulas sexuales un paralelismo morfo-fisiológico, y está cada una de las dos funciones representada por un tejido respectivo? Este problema ocupaba y continúa ocupando el pensamiento de muchos investigadores científicos en todo el mundo. Por lo que al páncreas se refiere, debe aceptarse que realmente la secreción interna se debe a un tejido especial situado al lado del aparato de secreción externa. Es a los llamados «Islotes de Langerhans», a los que debe atribuirse la secreción interna del páncreas.

Por esto, los investigadores canadienses han llamado su preparación activa del páncreas, *insulina*. Estos investigadores se han hecho partidarios de la conclusión a la cual el histólogo francés *Laguesse* llegó hace casi 20 años, en virtud de sus experimentos. *Laguesse* ligó el conducto del páncreas al intestino y determinó así una degeneración del tejido glandular pancreático, A pesar de esta degeneración del tejido que pro-

duce los fermentos o las secreciones externas del páncreas, no había diabetes, no había trastornos del metabolismo del azúcar. Y Laguesse demostró que en sus animales operados, los *Islotes de Langerhans* quedaron exentas de la degeneración. Estos experimentos de Laguesse son una demostración clara de que la secreción interna del páncreas se forma en los islotes de Langerhans. Una nueva demostración en el mismo sentido debemos a *Macleod*. En algunos peces, como *Macleod* lo demostró, la secreción interna del páncreas, la mencionada insulina, no es producida en el mismo órgano que produce los fermentos pancreáticos, sino en un órgano vecino; en esos peces, la doble función que conocemos en el hombre y en otros animales, está disociada de una manera indudable, también morfológicamente. Hay aquí, no solamente una doble función, sino también *órganos* dobles.

El mismo problema fué planteado también hace 25 años, respecto a las glándulas sexuales, por los trabajos celebrados de los investigadores franceses *Bouin* y *Ancel*, *Steinach*, *Sand*, yo mismo y mis colaboradores, especialmente *Karl Wagner*, hemos agregado muchos nuevos hechos en favor del paralelismo morfo-fisiológico en el testículo. Debo decir que la cuestión no está considerada todavía como resuelta, aunque yo mismo soy uno de los que luchan como partidarios del paralelismo. Según *Aron*, discípulo de *Bouin* en Estrasburgo, habría quizás en el tritén una disociación morfológica de las dos funciones más o menos parecida a aquélla de la función pancreática de ciertos peces.

4. EL PROBLEMA DE LOS HARMOZONES

La discusión de la noción científica de las secreciones internas, no sería completa si no tocáramos una cuestión planteada por *Gley* en una de sus lecciones críticas sobre tales secreciones como factores morfogénéticos. Sería un error tanto más

grande pasar por alto este problema, cuanto ha adquirido poco a poco una importancia considerable.

Hablando de la influencia de los hormones en el cuerpo del hombre y de los animales, hemos dicho que los hormones actúan, no solamente como estímulos de las funciones, sino que también influyen el desarrollo físico. Parece que actúan así los hormones, a primera vista, en un doble sentido, es decir, como estímulos funcionales y como estímulos morfogenéticos. Los hormones del cuerpo Tiroides, por ejemplo, tienen bajo su dependencia, no solamente las funciones del sistema nervioso, no solamente todo el metabolismo, sino también los procesos morfogenéticos, los procesos del desarrollo corporal. La acción morfogenética de estos hormones es actualmente muy conocida. Todo estudiante está al cabo del descubrimiento de Guddernatsch, o sea, que la metamorfosis de la rana puede acelerarse si se agrega un poco de sustancia Tiroides al agua del acuario que contiene los renacuajos. Esta influencia del hormón del cuerpo Tiroides es tan grande, que la aparición de las extremidades posteriores del renacuajo puede tener lugar ya diez días después de la fecundación, en vez de los 20 o 25 días normales. Otros experimentos sobre anfibios demuestran también que el fenómeno de metamorfosis depende del Cuerpo Tiroides.

En los últimos años se ha estudiado mucho la influencia que las glándulas sexuales tienen sobre los procesos morfogenéticos en las diferentes clases del reino animal. Si los ovarios, en un conejo, en un cuy o en otro animal, se extirparon en la infancia, el desarrollo del útero y de los demás órganos genitales se detiene. El útero de un animal castrado es más pequeño y más delgado que el de un animal normal; se reconoce esto, en la autopsia, a la simple vista y por el tacto, sin ninguna dificultad. El desarrollo del aparato mamario de la hembra también depende de los hormones ováricos. Esta dependencia puede observarse muy bien, por ejemplo, en cuyes. En cierto momento, casi 8 o 10 semanas después del nacimiento, los pezones aparecen hiperémicos, rojos, turgentes y alargados; es éste el momento en que en el ovario comienzan los cambios

característicos de la pubertad. Las transformaciones del aparato mamario duran algunos días para regresar después hasta cierto límite; pero dos semanas después, el fenómeno se repite; y de esta manera, el ciclo—el ciclo del celo—se renueva durante toda la vida sexual de la hembra. Este ritmo sexual bisemanal del cuy no es otra cosa que la expresión morfogenética de cambios rítmicos ováricos. El paralelismo del ritmo ovárico y del ritmo morfogenético del aparato genital, fué estudiado en forma exacta por investigadores norte-americanos, por *Stockard* y *Paponicalou* en la hembra del cuy; por *Long* y *Ewans* en el ratón, y por *Allen* en la laucha. Estas instigaciones son actualmente la base metódica para muchos nuevos experimentos y progresos de la Endocrinología Sexual; el conocimiento de la dependencia de estos procesos morfogenéticos en relación con los hormones ováricos, ha adquirido una importancia considerable en las tentativas de aplicación de la Endocrinología Sexual a la Medicina.

La demostración tal vez más brillante de la obra morfogenética de las glándulas sexuales en los mamíferos, fueron los celebrados experimentos del sabio maestro de Viena *E. Steinach*. Este investigador ha constatado que es posible transformar el aparato mamario rudimentario de un macho, en un aparato activo, como el de una hembra lactante, cuando en el macho castrado se injerta un ovario. Este fenómeno fué estudiado después de *Steinach* por numerosos investigadores, y todos lo han confirmado; citaremos a *Sand*, en Copenhagen, a *Athias*, en Lisboa, a *Moore*, en los EE. UU., yo y mis colaboradores *Krause* y *Voss*, en Estonia. Este fenómeno es muy fácil de reproducir. Comienza la transformación del aparato mamario ya 10 o 15 días después que se hace el injerto ovárico. *Steinach* ha demostrado que hay también una influencia del testículo injertado en la hembra; y yo mismo he constatado en el Laboratorio de *Steinach* el hecho muy interesante de que el clítoris de la hembra del cuy, con un injerto testicular, se transforma en un órgano peniforme. Una observación parecida fué hecha, independientemente de mí, por *Sand*, que enriqueció nuestros

conocimientos en este campo de la Endocrinología con investigaciones importantísimas, en ratones. Algunos años después, mi observación fué confirmada por *Moore*. ¡Qué influencias profundas se revelan en estos experimentos de «feminización» y de «masculinización» (*Steinach*), influencias de hormonas sexuales sobre toda la morfogénesis! Y puede decirse que el estudio de estas influencias morfogenéticas ha llegado a ser, en estos últimos 15 años, una rama muy favorecida de la Biología General.

Cuando se habla de las influencias morfogenéticas, no deben olvidarse los experimentos brillantes hechos en pájaros en el Laboratorio de *Gley*, por *Pézard*, en Francia y por *Goodale*, en América. Cuando se practica la castración en el gallo, la cresta y las barbas degeneran; los otros caracteres sexuales, como el plumaje y los espolones, se conservan intactos. Por otro lado, cuando se hace la castración en la gallina, no se observan grandes cambios en las crestas, que es en casi todas las razas de gallinas, más pequeña en la hembra que en el macho; pero hay transformaciones muy acentuadas en otras direcciones. Comienza la transformación del plumaje, que se completa en la próxima muda, en un sentido masculino. El plumaje de la gallina es el mismo del capón; y, además, aparecen en la gallina castrada los espolones y ya no es posible distinguir una gallina castrada de un gallo castrado. Las mismas observaciones fueron hechas por *Goodale* en patos. La influencia morfogenética del ovario y del testículo, en aves, puede demostrarse también por medio de injertos. Si se pone un ovario en un gallo castrado, el plumaje se transforma en el sentido femenino; si el injerto ovárico se hace en el gallo nuevo, se impide el crecimiento de los espolones. Estos experimentos de *Pézard* y de *Goodale* fueron confirmados por *Zawadowsky*, en Moscú, y, además, por otros investigadores. No se necesita realmente ninguna otra demostración de la influencia morfogenética profunda de las hormonas, aparte de todos estos experimentos de feminización y de masculinización en mamíferos y en aves. Los trabajos fundamen-

tales de *Pézar* son especialmente los que han introducido luz en nuestros conocimientos cuantitativos de la acción de los hormones sexuales.

Son los hormones sexuales y los hormones de las demás glándulas endocrinas, factores *sine qua non* del desarrollo morfogenético normal; y el objeto de la Embriología Moderna, no es demostrar que estos factores existen, sino estudiar el mecanismo detallado de la obra de los factores endocrinos. *

Gley propuso considerar estas influencias como causadas por sustancias especiales o «*harmozones*»; y planteó, con este nuevo término, la idea de que las diferentes acciones de los órganos endocrinos se originan en sustancias diferentes: hay hormones que actúan como excitantes funcionales y hay otros que actúan sobre la morfogénesis, regulándola y dirigiéndola. Estas últimas son, según *Gley*, «*harmozones*» (de la palabra griega para regular, dirigir).

¿Está bastante motivada por los hechos experimentales esta actitud de *Gley*?, o, en otras palabras, ¿tenemos hechos experimentales en favor de la separación sugerida por *Gley*?

Hay tres glándulas endocrinas cuyas influencias morfogenéticas son bien conocidas; el Cuerpo Tiroides, la Hipófisis y las glándulas Sexuales. Nuestros conocimientos químicos sobre las sustancias producidas por esas glándulas, no son suficientes para basar la concepción de harmozones especiales sobre conocimientos de este orden. La única posibilidad para fundar dicha concepción de harmozones estaría en demostrar que no todos los extractos de una glándula endocrina ejercen necesariamente todo el conjunto de influencias morfogenéticas y funcionales. Sería necesario apoyarse sobre una *disociación experimental* en las acciones de diferentes extractos de una misma glándula; es decir, sobre la demostración de que *un* extracto del cuerpo tiroides obraría solamente sobre el metabolismo, y *otro*, en el sentido morfogenético. Ahora bien, no existe tal hecho experi-

* De un interés muy grande son también los experimentos de *Steinach*, de *Harms*, de *Voronoff*, de *Sand* y de *Wilhelm*, en el Laboratorio del profesor Noé en Santiago de Chile, sobre los llamados fenómenos de rejuvenecimiento.

mental, que yo sepa; todas las preparaciones del cuerpo Tiroi-des obran en el mismo doble sentido funcional y morfogénético. Esto vale para los extractos crudos que se usan en la terapéu-tica; esto ocurre en las sustancias más ampliamente purificadas de los investigadores norteamericanos. La misma demostración puede hacerse para el ovario, como *Allen* y *Doisy* lo han prac-ticado hace solamente dos o tres años en sus experimentos ac-tualmente tan celebrados. Es posible provocar en hembras de ratones y de lauchas, previamente castradas, la aparición del celo cuando se inyectan preparaciones ováricas muy purificadas: los fenómenos tan característicos del útero, de la vagina y los de la glándula mamaria, se desarrollan en algunos días. Este descubrimiento, además, fué hecho casi al mismo tiempo por *Courrier*, en el Laboratorio de *Bouin*, en Estrasburgo. Muchos investigadores en diferentes países y últimamente también yo y mi colaborador químico, el señor *Sergio Vesňakov*, hemos con-firmado los descubrimientos de *Allen* y *Doisy*. Ahora, *Allen* y *Doisy* han demostrado que en ratones castrados, inyectados con extractos ováricos, se observa, no solamente la aparición de las transformaciones morfogénéticas, sino también la aparición del *comportamiento* característico del celo. La hembra inyectada recibe al macho, como, el animal normal, en el período del celo.

Todos los hechos anteriormente relatados son más bien fa-vorables al concepto de que las mismas sustancias específicas del Tiroides o del Ovario actúan de manera doble, es decir, sobre el metabolismo y sobre las transformaciones morfogéni-ticas. Más bien se oponen estos hechos a la concepción de se-parar los hormones de los harmozones. Y yo pienso que desde el principio no hay necesidad de creer que son diferentes las sustancias específicas que causan acciones tan diferentes, como las influencias sobre el metabolismo y sobre los procesos mor-fogénéticos. Es un carácter fundamental de las secreciones in-ternas el obrar en el organismo de una manera múltiple; no hay, se puede decir, ningún lugar, ningún tejido, ninguna célula del organismo capaz de escapar a la influencia de una secreción

interna cualquiera. La multiplicidad de reacciones ante el extracto de una glándula endocrina, no es evidentemente la expresión de la multiplicidad de sustancias específicas activas, sino la expresión de la multiplicidad de los órganos reaccionantes.

Y además, ¿dónde está el límite en las reacciones funcionales y metabólicas, por un lado, y las reacciones morfogénéticas, por otro? Todos los fenómenos biológicos pueden considerarse desde el punto de vista energético, desde el punto de vista metabólico, como también desde el punto de vista morfogénético. Transformación de energía, transformaciones metabólicas, transformaciones de forma, son solamente abstracciones de un mismo hecho. En el músculo que se contrae y produce energía mecánica, se cambian las condiciones energéticas, las condiciones químicas, y se cambia también la forma. Es la obra de abstracción del investigador y del maestro lo que nos obliga de cortar, valga el decir, el mismo fenómeno de la contracción muscular, en partes diferentes. Toda morfogénesis es al mismo tiempo transformación de la situación energética, transformación de la situación bioquímica. No hay necesidad de separar estos fenómenos, ni hay actualmente necesidad de atribuir diferentes acciones metabólicas y morfogénéticas a *diferentes* hormonas.

Hace algunos años, yo mismo era todavía partidario de la idea de la multiplicidad de los hormonas producidos por el mismo órgano. Y realmente, cuando se observa todo el conjunto de fenómenos tan diferentes provocados por un órgano endocrino, se imprime la idea de la multiplicidad de factores bioquímicos, de la multiplicidad de hormonas; pero, basta recordar las acciones múltiples de un hormón único, como la adrenalina, para comprender que la multiplicidad de acciones no implica, en ninguna manera, una multiplicidad de diferentes secreciones.

* * *

¡Qué abismos de teorías!, dirán tal vez algunos de Uds., los más prácticos, para quienes el interés de la Medicina Práctica, el interés humanitario, está más cercano que la teoría científica.

Pero, yo les ruego, no olvidar jamás que no hay práctica sin teoría. No existiría el desarrollo brillante de la Medicina Moderna sin los conceptos teóricos de *Darwin*, que han influido todo el pensamiento de las últimas generaciones, desde el año 1859, cuando apareció el libro clásico del gran genio inglés. Y yo creo que la influencia de la Endocrinología Moderna sobre el pensamiento científico no es tal vez menor que la influencia de la teoría de la Evolución. Además, hay un punto muy interesante: las influencias morfogenéticas que las secreciones internas ejercen, hacen entrar a la Endocrinología en el campo de la teoría misma de la Evolución. Muchos investigadores como *Morgan*, *Pézard*, *Keith*, *Friedenthal*, han insistido sobre esto.

Seguramente, hay muchas exageraciones en las teorías sobre los hormones como factores de la evolución y de las diferencias raciales. Muchas especulaciones sobre la preponderancia de una o de otra glándula endocrina, en la raza blanca, en la raza negra o en la raza india, están destinadas a una muerte prematura en la Ciencia. Pero no se olvide que la ciencia moderna necesita, de tiempo en tiempo, de la especulación y de la exageración, como se necesitan impulsos fuertes y tal vez ilimitados en la vida social. No se hace ni la historia, ni la ciencia, en líneas directas y según presupuestos que no deben sobrepasarse. Se dirige la historia humana y se dirige la historia [de la ciencia con leyes no hechas *ad hoc*, sino con leyes derivadas de la observación exacta del movimiento histórico o del movimiento científico mismo. Para comprender la historia social humana y para comprender la historia de la ciencia, es necesario seguir las y observarlas. Y observando el movimiento casi inquieto en la Endocrinología Moderna, estoy seguro de que su valor teórico y su valor práctico quedan todavía muy lejos de estar agotados.

Carlos Pezoa Velis

VAN a cumplirse veinte años de la muerte de Carlos Pezoa Velis. El tiempo que nos separa de esa fecha, el tiempo que suele ser la mejor criba depuradora para lo que haya de legar la obra de un escritor al futuro, no ha hecho sino acrecentar el interés popular en torno a esta figura doliente, tan humana, en la que todo un período de la poesía chilena parece despedirse de una modalidad y una época literarias características.

Dos ediciones de sus versos, la primera recopilada por Ernesto Montenegro con el título de «Alma chilena», y la segunda, «Campanas de Oro», nombre que siempre acarició para su primer libro el poeta, hecha en París por Leonardo Pena, han contribuído a difundir la obra de este lírico que cuenta entre lo más representativo que produjo un período, hoy algo anacrónico para los gustos del momento.

A la desaparición de la vanguardia romántica, el último de cuyos cantores fué don Eduardo de la Barra, le sucede esa generación que se inicia después que Rubén Darío parte de Chile, de regreso a su Nicaragua natal, para trasladarse luego a Buenos Aires. Son los años de los últimos lustros del siglo pasado, cuando se publican «Prosas profanas» y «Los raros»; «Las montañas del oro» y algunos versos de Pedro Antonio González. Se inicia para América el período naturalista: la poesía y la novela comienzan a interesarse por las cosas de la tierra;

Dublé Urrutia es el primero en mirar hacia el campo y la montaña, dando la visión de la vida rural, del indio lanzado de su ruca, de las minas, del mar que bendice San Pedro. Es un momento sintomático en la evolución de una literatura, porque significa el olvido del cosmopolitismo romántico y el nacimiento del gusto por lo autóctono, que pronto va a tener sus novelistas y hasta el indispensable sociólogo, capaz de sistematizar en un libro los fundamentos de la chilenidad.

Pezoa Velis comienza como todos los jóvenes, recorre los mismos senderos trillados de *l'usaffa poesia*, que se concibe de memoria, entonando un himno a Dreyfus o componiendo una oda al hijo del pueblo para un modesto centro obrero. En los años iniciales del nuevo siglo define un sentido interesante con sus primeros versos, que ha de convertirse en una expresión original en los poemitas escritos durante los últimos años de su corta existencia. No es un lírico de estilo fácil, de forma elegante, muy siglo dieciocho: su vocabulario es pobre, rudo, forjado a martillazos; su imaginación, de corto vuelo, encontraría su mejor símil en esas aves del campo chileno, de carne sustanciosa y pluma vulgar.

Naturaleza algo plebeya, solicitada por el aspecto sensual de las cosas, se identifica con la emoción puramente material que le brinda el momento: la hembra más que el amor; la sensación del paisaje antes que la inquietud de la sensibilidad; el objeto antepuesto al sujeto; la anécdota largamente gustada, según el cartabón de las aficiones populares; todo lo que pasa ante la cámara de la pupila, mientras el espíritu yace mudo. La cultura incipiente (D'Halmar advertía: «pocas veces había tenido yo ocasión de tratar un literato con menos letras») y la sensibilidad rudimentariamente cultivada, le pierden en la banalidad de lo descriptivo y sólo una que otra vez, así *Tarde en el hospital*, alguna nota íntima revela al lírico, al lírico puro.

Pero, fuese cual fuere la concepción que este poeta tuvo de la naturaleza y del arte, su obra quedará indicando un momento de la evolución en la literatura chilena, como la de Pedro Antonio González señala una etapa casi paralela. Es el precursor

de otros valores más depurados y cosmopolitas, así Gabriela Mistral y Magallanes Moure, que acaso no llegaran tan pronto a ser del gusto popular, como ya lo es Pezoa Velis con la simple música de sus versos.

En este lírico se cumplió el destino de muchos escritores románticos: morir joven y tener en su vida el comienzo de una leyenda, nacida al margen de su existencia bohemia, crucificada, antes de los treinta años, por un infortunio que sólo logró mitigar la muerte. Sus amigos, que se encargaron de escribir su biografía, contribuyeron a dejar un margen para todas las suposiciones con las dudas prodigadas respecto de su nacimiento y de su hogar. Poseedores de sus papeles íntimos, que no desconoció Ernesto Montenegro, biógrafo generoso y compilador de sus versos, hemos intentado completar el estudio de esta personalidad, algunos de cuyos aspectos resultan tanto más interesantes con la lectura de sus Memorias, que son como el prontuario de los sentimientos en la formación del carácter en un poeta de veinte años.

Pezoa Velis, poeta representativo de un momento, vivirá en las letras chilenas junto a Blest Gana, Soffia, de la Barra y Pedro Antonio González, cuyos nombres constituyen el aspecto por ahora más significativo en la pobre tradición en nuestra incipiente historia literaria.

LA HISTORIA DEL HIJO ADOPTIVO

Antes aún de su muerte y un lustro después, en forma ostensible con la publicación de las primeras biografías, comenzó a hilvanarse la historia que le hace aparecer como el hijo de la casualidad, como al propio don nadie, que ni siquiera pudo ser fruto de un apasionado amor ocasional, porque sus padres acaso no sintieron nunca otro impulso que el del instinto eventual, que se resuelve en la ocasión furtiva de la aventura sin responsabilidad.

En 1912 reunió en volumen sus poesías Ernesto Montenegro, edición excelente y escrupulosa, y, tanto en el prólogo biográfico

que él escribió, como en la página epilodal suscrita por D'Halmar, se hablaba, sin asomo de dudas, sobre el origen más que humilde, equívoco, de su nacimiento. «Su madre parece haber sido por aquel tiempo, dice el primero, una joven del servicio doméstico, criada o costurera. Su padre era un inmigrante español». Los dueños de casa, donde su madre trabajaba, uno de esos matrimonios estériles, concluyen por adoptarlo como hijo.

A su vez, recuerda D'Halmar, que un día se encontró con Pezoa Velis al pie de los nichos del Cementerio Católico, en que yacen los restos de sus padres: «El me habló por primera y última vez de ese fulano Pezoa y esa viejita Velis, que sin ser sus padres le habían prohijado y a los cuales él no había sabido sino hacer sufrir con sus arranques incomprensibles». Antes observaba el propio D'Halmar que, «vagamente se le había oído hablar de un padre y una madre».

Hasta aquí las razones que abonan la historia de los orígenes bien humildes de Pezoa Velis, que habían contribuido a formar ese carácter enigmático, frecuentemente amargado, huraño, transhumante, y a cuya difusión contribuyeron no poco las infundadas sospechas de sus contemporáneos, que no conocieron su hogar, y la queja sostenida del poeta, que siempre dió pábulo a las sospechas murmuradoras. Sin embargo, la publicación de esas reminiscencias provocaron las necesarias rectificaciones, que debemos tomar como punto de partida para rehacer la historia de la vida del poeta, por lo demás tan simple, tan sumaria y de tan escaso interés literario. Samuel Lillo fué el primero en puntualizar los datos ciertos de su biografía, asegurando que sus padres habían sido el comerciante don José María Pezoa y doña Emerenciana Velis, «personas de modesta pero holgada condición social»; noticias que sancionó públicamente, con su corroboración, Efraín Jaña Velis, primo hermano del poeta, al mismo tiempo que protestaba contra cuantos le hacían «aparecer como producto de la multitud, como un hongo silvestre, a un muchacho con hogar propio, con familia determinada, no incierta, con padres de situación tan modesta como se quiera, pero en todo caso honorable, con relativos medios económicos para darle la educación que real-

mente le dieran en conocidos colegios de Santiago, y le permitieron hacer los primeros años de su juventud protegido por el cariño entrañable, por la adoración que su señora madre como a único hijo le tenía».

Hemos verificado con el señor Jaña Velis cuantos datos se referían a la vida de su pariente. Tal vez los hubiésemos acogido con cuidadosa fe inventarial, porque no siempre emanan de la familia las noticias auténticas en cuanto se trata de los vínculos domésticos, si no fuera porque documentos insospechables parecen concurrir en la comprobación de la verdad en cuanto nos ha sido dable conocer. En efecto, quiso nuestra curiosidad y acaso la buena fortuna del poeta, que el propio autor de la primera edición de sus versos nos hiciera depositario de sus Memorias, y que una feliz casualidad trajera hasta nuestro poder otros papeles inéditos, poemas, apuntes novelescos, recortes de periódicos, notas, bosquejos de posibles obras, que ahora se aprovechan para la edición definitiva de cuanto escribió.

Procuraremos conocer, valiéndonos del testimonio de sus recuerdos, escritos en 1899, cuando Pezoa Velis contaba veinte años de edad, la verdad de su nacimiento y su hogar. Ante todo, hay una situación de hecho en lo que toca al testimonio de su primo don Efraín Jaña Velis: puede hablar éste con perfecta autoridad sobre el poeta, porque no en vano unió a ambos algo más que la simple relación que establece un parentesco. Pezoa Velis se refiere constantemente a su primo, camarada de sus juegos y de sus simpatías, ni más ni menos que si fuera un hermano; frecuenta su casa, que es la de la hermana de su madre; la recuerda a cada instante: «anoche dormí, escribe el Sábado 18 de Noviembre, con mi primito Efraín, que con cariño infantil suele acompañar mis horas de sueño».

En sus Memorias se refiere constantemente a su madre y siempre con esa familiaridad que parece autorizar la ascendencia legítima; con esa confianza que, en un joven de veinte años, no impone reservas. Otra hubiera sido la actitud de Pezoa Velis para con la madre adoptiva y otra también la de una madre que no fuera la propia, la de la sangre misma, con el hijo ocasio-

nal. Un día cualquiera advierte en su Diario: «¡Ah! Esta mamá que tengo! Mientras escribo silencioso, ha arrojado una cafetera que preparaba para mí. No le para la boca. ¡Tanto j...! En menos de un cuarto de hora, creo que ha hablado como cuatro mil palabras. ¡Y qué lenguaje! ¡Por fin ha callado!» Tal vez no es el más prudente y amante de los hijos, pero a veces su emoción se deshace en rendida ternura para hablar de su madre, según ocurre en aquellos versos de *Cansancio del camino*: «Tú no viviste para ti. Eras buena—como tu amor por mí; y eres tan santa—como mi amor, como esta inmensa pena—que de esta mala vida me levanta».

De la condición muy modesta del hogar dan sobradas pruebas las repetidas anotaciones del poeta: «Mi madre se queja, dice, de su trabajo de cocina. Yo veré modo de aliviarlo buscando una sirvienta». Poco más tarde consigna lo siguiente: «En estos días han caído dos malas nuevas sobre mí: la de que mi mamá riñe a mi padre porque bebe. La de que han impuesto una patente de ciento treinta y dos pesos a su negocio de licores, lo cual equivale a clausurarlo». Un buen día piensa decididamente dejar la literatura y ganar mucho dinero, porque su madre «al menos así tendría de todo: sería feliz con mi mamá, la que se arrastraría a mis pies si yo le diera algo».

Que era ese un hogar venido a menos en sus anteriores hábitos de holgura parece cosa indudable, porque un día escribe en su Diario, al notar que su amada Lorenza lleva los zapatos con las suelas rotas: «Conozco que sus medios de fortuna son suficientes para no colocarla nunca en esas circunstancias. Pero hay algo que lo creo un resto del orgullo que inculcaron mis padres a mí cuando chico y que me impide desprenderme de esas tonterías mundanas».

Tal vez la condición dura y sacrificada en que se esclaviza ha descompuesto el carácter de la buena mujer, haciendo agrio y exasperado el lenguaje que le prodiga al hijo tempranamente errabundo y violento: «He discutido con mi mamá mucho, escribe en su Diario. Me ha insultado con el lenguaje grosero de siempre». Un día, mientras él va a leerle a un amigo su cua-

dero de Memorias, ella exclama con duro reproche: «Ya le *vai* a señalar eso a otro?» Es el propio poeta quien se ha encargado de subrayar los dos vocablos. En otra ocasión, le cuenta a su hermana: «Este baboso, además de gastar toda la plata, mortifica comiendo en otra parte; para escribir porquerías no más sirve». Y, agrega Pezoa, «¡se refería ella a mis Memorias!».

Bien modesta y sacrificada debió ser la condición de esa madre, en cuyos sentimientos parecía tener escasa influencia una educación acaso asaz rudimentaria. Enemiga de los libros, se desespera porque el hijo pierde el tiempo en la lectura o borroneando carillas: «En la tarde he tenido una pelea terrible con mi madre por cuestiones de libros que Isolina me roba. Me dió un palo que me dejó hinchado el brazo».

A su padre se refiere, incidentalmente, una que otra vez, en sus cuadernos de recuerdos, con absoluta indiferencia. Un día se conversa en el comedor; su padre habla del próximo y temido cataclismo que debe provocar la aparición del cometa Biela: «Mi padre salió con esta: ¿qué habrá mandado algún recado Dios, que saben tanto esos sabios? Me amostazó un poco esa estupidez, pero ¡qué diablos! él no recibió de sus padres los beneficios que he recibido yo. Después le hice una bien acholadora observación, que le redujo, por buen rato, al silencio». Sin embargo, años más tarde, con rendida ternura, le escribe a su amigo Ignacio Herrera: «Vaya donde mi viejo, en horas determinadas de la semana, día por medio, y me le enseña las primeras letras». Algún tiempo después, en carta sin fecha, simple carta literaria, le refiere a su hermano Gabriel la trágica muerte de su padre: «Nuestro padre, (¡el mismo que vimos desde siempre cuando éramos niños!) ha sido atropellado por un carrito eléctrico. Fué a las cuatro del último día veinte; a las doce de la noche moría. ¿Comprendes, hermano mío? ¡Moría! ¿Sabes qué significa esto? Yo no me lo explico. Algo sí entreveo de que sus ojos buenos (¡inmensamente buenos!) ya no tendrán para nosotros aquellas miradas de amor que tenía en

las tardes tranquilas que jugábamos en el gran patio del viejo hogar».

No parecía reinar del todo la paz en el hogar debido al carácter agrio y explosivo de la madre y de la indiferencia y abandono del padre, buen nocherniego y mejor catador de vinos. El hijo piensa abandonar el techo paterno. Un día, a la hora del almuerzo, escribe: «Están muy en la buena con mi papá; mala seña: cuando ellos están bien, desquita o desahoga mi madre, sus instintos con mi humilde pellejo».

Pezoa Velis juzga y trata a sus padres con demasiada intimidad, haciéndonos creer fundadamente que este era su hogar propio, por directos vínculos de la sangre, y no el adoptivo que le conceden sus biógrafos. El más elemental deber de gratitud le hubiese obligado a observar otra conducta y a moderar su juicio en caso de tratarse de padres a quienes se considerara atado por los simples vínculos de una obligación moral. Sólo un hijo que se sabe de toda legitimidad se siente con esa confianza que autoriza la censura a veces severa y triste, como cuando escribe en sus Memorias: «Escucho a mi madre regañando a mi papá porque *toma*, según dice». Sin embargo, no faltará quién arguya que podría ser prueba de lo contrario esa helada falta de amor, de ternura, con que se expresa de su madre, cosa que podría ser exacta a no mediar los restantes testimonios de afecto filial que encontramos en tantas de sus estrofas y aún en las frecuentes anotaciones de su Diario. A menudo exclama pensando en ella: ¡qué buena!...

Por lo demás, es preciso no olvidar que, en la carta ya citada a su hermano Gabriel, cuando le refiere la muerte de su padre, le dice: «Hermano mío. ¡Quién me diera tenerte en mis brazos para estrechar lo único que queda de mi carne y de mi sangre! Quién pudiera mirar tus ojos grandes que son los de mi madre! Tus ojos tan tristes que en nuestras charlas de mesa se hundían en las dulces pupilas del viejo querido. ¡Ah, hermano mío! Yo mismo lo vi muerto. El cadáver sobre una plancha de mármol. Al lado las piernas cortadas, absolutamente

separadas del cuerpo, como objetos ajenos a él». Murió exclamando: «¡Mis hijos, Dios mío! ¿Por qué no los llaman?»

¿Aún podrán pensar los biógrafos de Pezoa Velis que era ese un simple padre adoptivo?...

AÑOS DE MOCEDAD

Ni por su origen arranca del pueblo Pezoa Velis, ni parece haber sido el hijo de esa casualidad que han pretendido confirmar algunos de sus amigos. Pertenecía a una familia acomodada, a uno de esos hogares de la clase media, en los cuales la tragedia de la pobreza se disimulaba con apariencias de holgura. Su padre, modesto comerciante de Buin, no logró ser afortunado: ganaba lo indispensable, en su negocio de licores, para el mantenimiento de su hogar y sus expansiones burguesas de buen bebedor y de incorregible aficionado a la gula. En la casa la madre tuvo que sobrellevar siempre el peso de las obligaciones, compartiendo los deberes que le imponían los cuidados del hijo con las necesidades domésticas. Cuando el unigénito comienza a ganar algún dinero pensamos que podrá destinarlo para aliviar las privaciones de los suyos. Sin embargo, advierte en su Diario, que el primer sueldo no le alcanzó siquiera para sus pequeñas necesidades y eso que tiene casa y comida gratis en su hogar. Ya hemos leído como en sus buenos propósitos de hijo sumiso, cuando su madre no le reñía, pensaba poder aligerar las tareas de la servidumbre que ella tenía a su cargo, buscando alguna criada para la cocina y los demás menesteres del hogar.

Era la suya una familia pobre, de escasos recursos, pero de condición decente y en ningún caso del pueblo, cosa que por lo demás no debería preocupar a propios ni extraños si no fuese porque una controversia pública ha ventilado punto de tan escasa importancia para la vida de un poeta. El testimonio inmediato de una hermana de su madre y de su primo Efraín, basta para corroborar el fundamento de este aserto que ya hemos

hecho valer con otros antecedentes, y que verificaba Samuel Lillo cuando, hace algunos años, decía que sus padres «eran personas de modesta pero holgada condición social».

Nacido el 21 de Julio de 1879 en Santiago, («Según me han dicho, escribe en sus Memorias de 4 de Noviembre de 1899, yo nací el 21 de Julio de 1879. De manera que debo tener, si no me equivoco, 20 años, 3 meses, 14 días. Hoy es el día de mi santo; es decir, San Carlos Borromeo, obispo y confesor, según reza el almanaque») permaneció durante toda su niñez en la metrópoli, con las solas ocasionales salidas impuestas por alguna excursión de recreo de su familia. De sus primeras letras y de sus estudios secundarios, apenas si queda el vago recuerdo en el Colegio de San Agustín de un muchachuelo de tantos, mediano, algo enfermizo, de aspecto enteco y apocado. Enrique Oportus, amigo de Pedro Antonio González, de Marcial Cabrera Guerra y de cuantos por aquellos años andaban enredados en cosas de letras, fué uno de sus maestros, de quien aprendió el gusto por los libros. «Le vimos estudiar embrutecedoramente, recuerda D'Halmar, y rendir en un año los tres que le faltaban para un bachillerato dejado de mano quién sabe desde cuando, seguramente por las necesidades de la lucha diaria». ¡Generosa e indulgente fantasía cordial! Con un serio esfuerzo pudo finiquitar esos estudios de las humanidades completando privadamente los exámenes que no alcanzó a terminar por la vía ordinaria de los cursos regulares de un colegio. Hubo una época en que el afán de completar sus humanidades le movió a sumergirse en los libros, logrando rendir satisfactoriamente diez exámenes entre los meses de Diciembre y Marzo. ¿Acaso todos los de su generación no contaron con análogos o menores recursos que los suyos, lo cual no fué obstáculo para que alcanzaran una carrera? Atribuyámosle a su espíritu bohemio y a su voluntad tornadiza la parte más directa de esa negligencia, que iba a pagar con tantos sinsabores y privaciones. En efecto, para justificar el fracaso de sus estudios y cumplir con sus deberes civiles, ingresó el año noventa y ocho, época de alarma, cuando se creía inevitable una guerra con la

Argentina, al cuartel del tercero de línea, en carácter de guardia nacional, es decir, con rango superior al del soldado, que le permitía un rápido ascenso al grado de oficial. En cierta ocasión, al cruzar la calle de Recoleta, en un cortejo que se dirigía al Cementerio, recordaba: «La calle Recoleta, sus jardines, el cuartel del tercero, mi estadía en él de subteniente de Guardias Nacionales». En su cuaderno inédito *Vida Militar* revive esta época de su vida, y en algunos de sus poemas, *La pena de azotes*, evoca ciertas impresiones de ese entonces: el desertor a quien se castiga bárbaramente ante el batallón formado, o en presencia de «una estatua llena de galones». También puede leerse en *Memorias* que, el día 4 de Noviembre de 1898, «venía llegando al Nuevo Manicomio, con el batallón número 3 de Infantería de vuelta de una penosa expedición a las Viscachas que con otros cuerpos se efectuó, con el objeto de contener en su avance sobre Santiago al ejército del Oriente».

Cuando abandona el cuartel piensa decididamente ganarse la vida para acudir en ayuda de los suyos. Su hogar, la casita que habitan en la calle Mensía de los Nidos, va de mal en peor: más que nunca cargada de obligaciones su madre; antes solicitado por la calle y la vida ligera que por los deberes su padre, afronta la obligación urgente de trabajar, de aprender a trabajar para los suyos y para el futuro nido que comienza a acariciar en sueños. Por las noches frecuenta los cursos de francés y contabilidad en el Instituto Comercial; sienta plaza de aprendiz de zapatero; con las primeras luces del día va al Mercado a *calar* sandías, pequeño puesto que le permite ganar algunos centavos; obtiene un puestecillo de escribiente en un cuartel y rueda y rueda sin clavar el ancla de su destino en tierra firme. Es para él esta la hora del primer amor romántico, el momento de la novia que nos hace señas desde la orilla del camino: todas las páginas de su Diario juvenil las llena la presencia de Lorenza, hermana de un buen amigo suyo, que aparece en su destino en los momentos en que ha conseguido una ayudantía en el colegio de San Fidel. ¡Inolvidable época del primer amor formal y de la primera obligación del hombre que siente el peso

de la responsabilidad! «Bañados por una luna espléndida, escribe uno de esos días, me siento solo con Lorenza, conversando de lo que nunca cansa a los enamorados: de nosotros mismos». Vive cerca del Colegio de las Monjas del Corazón de María, y ese ambiente apacible le es grato a su modesto pasar: «Mi colegio, dice, está en frente del convento Belén. Tiene una huerta que en conjunto con su edificio grave y solemne y con sus torres blancas, las encuentro muy poéticas». En sus versos incipientes de entonces estampa su sensación del mismo espectáculo: «He mirado el convento que, orgulloso,— señala aquel torreón,—donde vienen las tímidas palomas a recibir el sol»... En la página inicial de sus recuerdos, advertía: «He principiado mi diario a las ocho y media A. M.; mientras mis alumnos estudian una lección de Catecismo. Por esto se comprenderá que ocupó la ayudantía de una escuela. Es esta la de San Fidel. Se halla situada en la calle Diez de Julio, entre Gálvez y San Diego; más seguridad de encontrarla tendría quien supiese que por la puerta de este colegio pasa la única acequia atravesada de esta cuadra».

Distaba mucho de cumplir seriamente con sus obligaciones en la enseñanza y en la inspectoría del colegio: es duro y torvo con los niños y, frecuentemente, llega a arrepentirse de tratarlos mal y hasta de golpearlos. Un día se duele y exclama, después de haberles infringido un castigo demasiado severo a los pequeñuelos: «¡Qué acción tan repugnantel» Pero, a pesar de sus buenos propósitos, su carácter irascible, su humor tornado, le arrebatan con exasperaciones bien poco propias de un educador. Y es así como, cuando menos lo espera, a pesar de que cree tener en el Director del colegio a un buen amigo que le apoya ante las monjas, pierde su empleo. Se le dice que han sabido que profesa ideas poco ortodoxas y que su vida y el cumplimiento de sus deberes no son los más edificantes. No podía sorprender este obligado fin en su cargo de inspector o ayudante en un colegio de religiosos. No eran los más edificantes sus versos publicados a la sazón en «El Clarín» o «La Nueva República». ¡Ah, los deliciosos diecinueve años de un poeta, que se cree en

su hora de redentor y de visionario! Escribe sobre todo; todo lo niega y todo lo demuele. En alguno de sus sonetos, que titula *Libertaria*, con esa ingenuidad de enfermizo romanticismo juvenil, exclama: «Yo pienso en la dulzura de una vida—sin Dios, ni leyes, ni amistad, ni amor» ... ¿Qué son para él Dios, la ley y la amistad, sino invento de los idiotas, látigo de la opresión y una palabra utópica? ¿Qué impresión podían hacerle tales conceptos a la Superiora del Colegio?

Tras la pasajera insignificante libertad que le permitía ante los suyos el pequeño sueldo que ganaba, vuelven los días negros, amargos, de la cesantía; de la miseria con todo su cortejo de necesidades. Con él comparte su amigo de siempre, Ignacio Herrera, su cuarto de pensión y los escasos recursos de que dispone: sus almuerzos consisten en sendas tazas de té o de café o en algunos pedazos de carne cruda con sal, que acompañan con trozos de pan. ¡Bohemia, bohemia, hecha de privaciones pero adobada de literatura! Ahora su pobreza raya en la franciscana miseria y, como si esto fuese poco, Lorenza, su posible novia, cesa de ser para él una ilusión, porque la pierde para siempre. «¡Ah buitre salvaje! ¡Ah, destino!», exclama en ese momento echando a rodar su última esperanza. Vaga por las fondas de la Alameda en la noche de Navidad; bebe, bebe brutalmente, «hasta quedar completamente borracho». Entonces, más que nunca, su sensualidad se exaspera y sus ideas se abaten. Cuando se encuentra con un antiguo amigo anarquista, recuerda con horror los «tiempos en que alternaba con esa canalla».

Entretanto, pasan los meses, se deshilvanan los días de comienzos del nuevo siglo, y su desorientación es la misma. ¿Qué puede hacer, sin dinero, sin esperanzas, sin un amor? En los brazos acogedores de cierta amiga complaciente se olvida un poco de sí mismo, pero es para despertar al otro día como el náufrago que busca un leño: «¡Dios mío! Favoréceme!, escribe el 2 de Agosto de 1901. Condúceme a la felicidad, dándome valor y fuerza para ser virtuoso, para llegar al fin de mis estudios... ¡Dios mío! Favoréceme». ¿Buenos propósitos? Ocho días más tarde cierra su Diario juvenil recordando que ha estado en un

lenocinio y que ha perdido al mejor de sus amigos y definitivamente la esperanza de su amor, de Lorenza.

He ahí la primera etapa del adolescente: ahora tiene la vida libre frente a él; ya no es un colegial ni un niño desamparado. Es el momento en que el hombre comienza formalmente la vida literaria y se independiza del hogar. De tarde en tarde reincide en su propósito de estudiar, pero ¿qué energía disociadora sojuzga su voluntad? ¿Quién le impide ser dueño de su destino? ¡Ah, el mismo lo ha dicho:

Su mal es el mismo de los vagabundos;
fatiga, neurosis, anemia moral...

LA VIDA, SUS PENAS...

El primer lustro del nuevo siglo es de renacimiento y de esperanza para la literatura chilena: se inicia bajo excelentes auspicios con los comienzos de modernización de la prensa, la fundación de nuevas revistas y una entusiasta actividad intelectual que tiene su centro en el Ateneo. Es la época en que aparecen *El Mercurio* santiaguino, *Luz y Sombra* y *Pluma y Lápiz*, a los que van a seguir poco más tarde *Chile Ilustrado*, *Panthesis*, *Zig-Zag*. El joven Pezoa Velis frecuenta las redacciones de estos periódicos y conoce a Augusto Thomson, a Isaías Gamboa, a Samuel Lillo, a Guillermo Labarca, a Manuel Magallanes Moure y a Víctor Domingo Silva. Olvida, así los veniales pecadillos de juventud que es necesario ocultar, sus versos incipientes de *El Clarín*. Ahora, en menos de un lustro, *El perro vagabundo*, *Nada*, *El Pintor Pereza*, *Pancho* y *Tomás* han revelado en un corto período y en la totalidad de su talento, a un poeta singular, el más humano y el más doliente.

Pero, recordemos un instante, abriendo un paréntesis explicativo de esta vida, lo que tal hora nueva representó para la naciente literatura: ya advertíamos que estos años iniciales del nuevo siglo llegan cargados de promesas, no saltando cuantos alcancen a pensar que las decantadas civilizaciones europeas

han hecho crisis y prometen renovarse en las tierras novomundanas. Es una ilusión peregrina, pero también las ilusiones suelen tener su eficacia en los destinos de la cultura. La intelectualidad chilena del noveciento aparece mordida, envenenada ha sostenido alguien, de curiosidad cosmopolita. Ya ha triunfado, haciendo tabla rasa de los viejos valores, en todos los países de lengua española, ese movimiento esencialmente moderno, que tuvo su apogeo con el simbolismo y encontró en América su expresión más pura en Rubén Darío. En Santiago la actividad espiritual de las generaciones nuevas denuncia una inquietud interesante y, tanto las revistas como la tribuna del Ateneo, dan la medida de un renacimiento eficaz. Marcial Cabrera Guerra ha sido el animador de esa primera etapa germinal, contribuyendo con su revista *Pluma y Lápiz* a la renovación precursora del Chile nuevo. La segunda época, inmediatamente anterior y sucedánea del novecientos cinco, encuentra el ambiente propicio para una literatura más humana, menos ficticia, más animada de finalidad social. Y, aunque no encarna todas las tendencias, ni satisface todas las aspiraciones, tiene su dictador ese momento, el necesario árbitro: Augusto Thomson. Lo acatan los de su generación, mientras los más nuevos lo siguen y lo imitan. Sus comienzos son la historia de sus lecturas: primero el indispensable Zola de «Nana», cuando publica su novela «Juana Lucero», página vigorosa, que bien pronto repudiará sin lograr que se la olvide; luego el inocente Daudet de «Petit Chose», y el doméstico Maupassant, que le mueven a escribir una serie de cuentos tan finos como *Coilipo* o tan patéticos como *En provincia*, *Después del teatro*; por fin, Loti, el Loti de «Mi hermano Ives», que despierta el espíritu errabundo e inquieto del almirante fantasma, y que contribuye a descubrir al definitivo D'Halmar, al que se pertenece a sí mismo, el D'Halmar que comparte este nombre por vez primera con el novelista Santiván al pie de una página enigmática. Junto con encontrar el ascendiente del abuelo escandinavo a bordo de un velero romántico ¡oh anticipada sugestión de las remotas latitudes, cuando aún se leía escasamente a Rimbaud! D'Halmar

revela al novelista, lleno de sugerencias extrañas, de *La Lámpara en el molino*. Las sombras de Andersen y de Ibsen, que influyeron en *A rodar tierras* y en *Al caer la tarde*, se han quedado olvidadas en su camino, como las voces que oyó Peer Gynt en el regreso.

D'Halmar logra ejercer una innegable dictadura, no exenta de tiranía, sobre la nueva generación literaria del novecientos cinco: cuando él teatraliza, más que lee, con su voz de buen actor, su monólogo *Nuestra Sombra*, en la tribuna del Ateneo, esa página que recuerda al d'Annunzio de «L'Inocente», encuentra imitadores que le siguen al momento. Ahí está el volumen «Las veladas del Ateneo», como un testimonio claro de tal dictadura, que desvía un instante de su camino a Rafael Maluenda para escribir *Animae Facies*; y ahí está el recuerdo peregrino de esa deliciosa colonia tolstoyana que, a imitación de la de Creteil presidida por Jules Romains y Jorge Duhamel, se realizó bajo la influencia suya. ¿Cómo olvidar a ese grupo de poetas, pintores y novelistas, que iban a pretender vivir en un retiro casi selvático, al amor de la naturaleza, bajo el influjo y la persuasión de D'Halmar que, por los atardeceres, con una biblia en la mano, bendecía la tierra y el cielo, mientras ellos araban el campo? ¡Inefable tolstoísmo, que llegó a aventajar en su puridad al del propio padre de Yasnaia Poliana!

No es indiferente a cuanto se piensa y se siente en tal momento el autor de *Pancho y Tomás*, que acude desde su rincón de Viña del Mar para leer en el Ateneo santiaguino ese poemita. D'Halmar le aguarda en la estación y D'Halmar comparte el triunfo clamoroso de esa velada memorable.

Esta es ya la hora meridiana de la fortuna en su corta existencia; sin embargo, recordemos los años anteriores, los tres o cuatro que les han precedido. He aquí el momento de iniciación formal en la vida intelectual y el de sus mayores apremios económicos: proyecta irse a trabajar a la Isla de Juan Fernández; gestiona la posibilidad de partir al Ecuador, donde cree poder ganar dinero fácilmente, llegando a publicar la revista *Instantáneas* su retrato con una gacetilla muy elogiosa, en que se anunciaba

su ausencia próxima, pero sólo tiene que contentarse con un viaje a la pampa salitrera, desprovisto para él de toda ulterior finalidad pecuniaria. Por lo demás ese era, cualquiera que fuese, el viaje natural, necesario, indispensable para su inquietud de soñador; el viaje que se realiza a cualquier parte, de manera algo furtiva, porque supone la invitación hacia lo desconocido, la aventura en el país que no se sospecha y que se adivina. Debió alcanzar más lejos, hasta Guayaquil, pero no obtuvo las posibilidades prometidas, ni su familia estaba en situación de realizar un desembolso que no era insignificante. El necesita salir de Santiago, ir a cualquier parte, para aliviar sus inquietudes: se documenta sobre Juan Fernández, estudiando su flora y su fauna en los pacientes libros de Yohow; piensa enriquecerse cazando lobos de mar, que se pagan a veinte pesos cada uno; luego cambia de opinión: «conseguiré irme gratis hasta Colombia, le escribe a Ignacio Herrera, para tomar parte en la revolución liberal que recién se inicia en aquel país».

Sólo dejó, de su efectiva excursión a la región chilena del norte, uno que otro testimonio interesante: artículos como *El Taita de la oficina*, en el cual retrata a uno de esos tipos inolvidables del pueblo, envejecidos en las salitreras; numerosos bosquejos de crónicas y de extensos poemas como *La huelga*, cuyos borradores llenan muchas cuartillas y todas las hojas de un cuaderno, apuntes fragmentarios, imprecisos, que nunca recibieron la forma del poema; y el poemita *De vuelta a la Pampa*, en el cual identifica la vida asarozca del desierto con ese aventurero Pedro Ureta, el gañán esforzado, perdido durante cinco años bajo el sol, con el pico de acero en la mano, aguardando el día en que sus ahorrillos le permitan volver al Sur, donde acaso le aguarda la felicidad: «Allí donde la alegría—del trabajo nunca muere,—él comprará su alquería;—en pos vendrá la que un día—será suya, si Dios quiere».

Entre los papeles inéditos del poeta, hemos encontrado algunas de sus impresiones de la Pampa, escritas a vuela pluma, en borradores apretados de tachaduras y aclaraciones: algún artículo amargo sobre *Los argentinos en la Pampa*; unas notas

tituladas *A la vista de Caracoles* y *De Chuquicamata a Calama* y muchos y muchos fragmentos con anotaciones curiosas, expresivas a veces como la siguiente: «Es una historia breve pero triste. Vino en la cubierta de un vapor caletero, encontró trabajo en la pampa, disgustóse con un compañero, recibió una cuchillada y se acabó... Nadie se acordó más de su nombre, después de los comentarios hechos al día siguiente del asesinato. Suelen verse años más tarde, avisos conmovedores en las últimas páginas de los diarios obreros: María Reinoso desea saber el paradero de su hijo José, que hace seis años no escribe a la familia... Dirigirse a... Pobrecita María Reinoso! No esperes, no, que el hijo José escriba jamás a la familia. No lo hará seguramente. Si quieres saber su paradero, pregunta a los viejos de la pampa. Ellos te dirán que duerme bien tranquilo en el cementerio de la Oficina X».

No fué grata ni optimista su visión de las tierras del norte: hay en ella amargura, tristeza profunda, dolor, dolor. En los apuntes sobre Taltal, leemos: «Rostros enharinados, caricaturas humanas, payasos ambulantes, con las babas caídas. Todo un semestre de sudor sobre la pampa arrojado a la voracidad de la prostitución en una noche. Rostros de repugnante animalidad. Salteos en Refresco. En la noche del 5: salteo con intento de violación. Después del tren un balazo. Tres presos al día siguiente».

Fué corta su permanencia en las regiones pampinas; a pesar de haber ido con ciertas obligaciones periodísticas, bien poco se ocupó en escribir sus impresiones de simple viajero curioso: «Le vimos aventurarse en esa pampa salitrera, escribe D'Halmar, que parecía ser su escenario, y recorrerla ávidamente vendiendo suscripciones, libros o conferencias, como un buhonero del pensamiento, delante del esfuerzo del calichero contra el suelo y el sol, antes aprendiendo a vencerse que a vencer». Varios periódicos santiaguinos le habían encargado contratar suscripciones, tarea que solía ser muy productiva consagrándole una actividad constante: reunió algún dinero en su visita a las oficinas salitreras, con no pocos sinsabores, que en su mayor

parte consumió en las obligaciones del viaje. Sólo una necesidad imperiosa hubiera podido obligarle a trabajar para ganarse algunos cuartos; mas, esta vez, no le había faltado el mecenas que acudiera en su ayuda: «Don Jorge Hörmann, escribe Samuel Lillo, grande amigo de Pezoa, agradecido a los servicios prestados por el poeta en una de las campañas políticas, le facilitó los medios para que llevara a cabo un viaje de distracción que le hiciera olvidar la neurastenia que se había apoderado de él. Estuvo en la pampa salitrera no como comerciante que se gana la vida, sino como un hombre de estudio. Se acercó a los trabajadores, participó de su vida, les dió conferencias, y aún les facilitó libros». En efecto, la política pudo serle provechosa esta vez al poeta, que le consagró a ella sus facilidades oratorias. Afiliado al partido liberal democrático, le vemos secundar o Julio Videla, pronunciar un discurso tan rotundo como vulgar y hasta ser invitado en la comitiva del Ministro Herboso en un viaje a La Serena.

Regresa al sur y, entretanto, sigue rodando para él la vida con la monotonía de siempre; áspera e indócil ante sus ambiciones. Escribe ocasionalmente versos, esos poemitas que rubrica bajo la serie *Vida alegre*, en los momentos en que la neurastenia le aguza los nervios. Obtiene un modesto empleo de reportero en un diario y luego, tras una campaña política, le nombran secretario de la Municipalidad de Viña del Mar. Entonces comienza para él una hora de holgura, de desahogo, de paz, de abundancia. El ánimo tranquilo, los nervios generosos, la miseria conjurada, despiertan en él todas las expansiones contenidas del burgués insatisfecho. Viste cuidadosamente, con una elegancia que, a través de las fotografías de la época, permite transparentar al bohemio que ha trocado la soltura de su corbata y de su cuello por el necesario estiramiento que le impone una forzada elegancia.

No sólo sirve ahora con abandonada displicencia su cargo secretarial en la Municipalidad de Viña del Mar, sino que, para incrementar sus no muy largos haberes, hace clases en el Instituto Inglés: «nada de copas, ni de tisis, escribe en una

carta de esa época; tampoco nada de estudios que no sean de mi literatura o de mi profesión. Actualmente profesor de Castellano, Historia Natural, Geometría y Gimnasia». No olvida además ese periodismo que había ejercitado en el «Poncio Pilatos», redactando ahora «El Matasiete», periodicuelo virulento, apasionado, ingenioso, que encuentra su propicia víctima en un poeta inofensivo. Acaso para su desesperación constante, exacerbada por el ambiente mercantil de Valparaíso, («El medio es infernal, recordaba en una carta de entonces. No hay con quien conversar de arte. ¡Ay de mí si no conversara! Cómo se cohibiera Ud., amigo, si como yo viviera heladamente, glacialmente activo. Es una gran cosa la actividad caliente de Santiago») ese aislamiento fué duro para sus nervios y agobiador para el espíritu. A Ignacio Herrera, amigo de toda su juventud y mocedad, contábale en una carta, que su vida estaba ajustada al horario estricto de un escolar: 8 a 11, clase. 12½ a 1½, clase. 2 a 4, trabajo literario. 4 a 6, paseo—Saludos—Relaciones. 6 a 7½, comida. 7½ a 9, clase. 9½ a 11, correspondencia por orden de fecha. Se encuentra en un momento en el cual se goza con sentirse un poco persona importante, capaz de consagrar una buena hora y media a su correspondencia particular. Es la época más tranquila de su vida: se hace pagar todas sus venganzas literarias enderezando implacables improperios, en prosa y verso, desde las páginas de su fugaz periodicuelo, en el cual publica *Vida de Puerto*, antecedente bien humorado de su próxima *Alma chilena*. Escribe crónicas para *El Chileno*, con el que bien pronto va a tener un irreparable disgusto, del que encontramos el eco de unos versos alusivos entre sus papeles póstumos: «Aunque *El Chileno* se afana—en vestirse de mezclilla—se sabe que usa sotana—escapulario y cerquilla...»; acaricia la idea de escribir un *Sermón de la ciudad*, dirigido a los jóvenes que en medio de la urbe populosa, se dejan adormecer por la molicie, mientras el pueblo sufre hambre: «la mentira abunda en vuestros espíritus, exclama, como en la viña el grano de uva dulce... torcidos vuestros criterios como sarmientos reseco»; va a San-

tiago a leer, en el Ateneo, *Pancho y Tomás*, que se publica en el primer volumen de este centro; hace un poco el vividor, buen nocherniego y perfecto enamorado de tantas Margaritas como siempre le sorbieron el seso. Hasta que un día le desgracia, la irreparable desgracia, arruina para siempre su juventud. El terremoto de Agosto de 1906 está a punto de sepultarle vivo: lo aplasta un muro, que le destroza las piernas y le arranca los dientes, a él, que cifraba no poca vanidad en su porte de agraciado adolescente. No es ya el sufrimiento momentáneo lo que le preocupa, sino la catástrofe final, la invalidez definitiva. Una luxación irreparable en la cadera y una fractura en la pierna tienen como resultado la anquilosis, que le va a condenar a arrastrarse como un mendigo o a esconder su miseria física como un mutilado. Es la fatalidad, la desgracia brutal. Ahora, más que nunca, podrá exclamar: «¡ah, buitres salvajes! Ah, destino!»

De las salas heladas de la ambulancia, casi solo, triste hasta la muerte, convertido en un espectro de la miseria física, va a ocultarse un tiempo en un rincón campesino que le brinda un amigo. A veces se ilusiona creyendo posible la mejoría, pero luego se resigna a arrastrar su cuerpo defectuoso con el par de muletas que lo sostienen. Sin embargo, todo esto no es más que el antecedente fatal, la buena preparación que diría Kierkegaard, para la muerte: en efecto, la lesión orgánica ha sido grave y su consecuencia ulterior va a ser una tuberculosis a los intestinos, que le arroja durante sus últimos meses de vida al Hospital Alemán y luego al de San Vicente. Es en vano ya que el bisturí del doctor Navarro le opere una de esas fístulas malignas, que han deshecho su organismo. Apagados, exhaustos, están sus ojos claros y sarmentosas sus manos finas con uñas foscas, que advertía uno de sus amigos.

¿Es que Pezoa Velis era ya un predestinado a la tuberculosis? En su Diario escribía, con fecha del Sábado 16 de Diciembre de 1899: «Estoy bastante enfermo de mis pulmones. Veremos modo de ponerme un poco de yodo». Habla de haber sufrido un ataque que acaso fué una hemorragia. Y, aunque algunos de sus amigos recuerda su obsesión de creerse tuberculoso, pa-

recen fundadas sus continuas sospechas: «Me han vuelto hace dos días, le escribe en 1900 a Ignacio Herrera, esos sudores que tuve dos días el invierno próximo pasado». Y, un año después, agrega: «El resto del tiempo que me dejan esas dos compañías (alude a los recuerdos y a la guitarra) lo ocupo en comer y en averiguar si tengo tisis o no». Por fin recuerda que un día se quedó dormido, despertando con una tos seca, «segundo atracón de la tisis».

Larga, inacabable a través de los días lentos del otoño, fué su agonía. «En la comisura de los labios, (ha recordado Leonardo Pena en el preliminar a la selección de sus poesías que hizo en París, con el título que acarició siempre Pezoa Velis para su libro: *Las Campanas de Oro*) pálidos y afebrados, se marcaban profundamente, como abiertos a cuchillo, tres o cuatro pequeños pliegues, y los ojos habían perdido su expresión dulce y animada de otros tiempos, para tomar un brillo duro y triste. Leíase en su fisonomía no sé qué sello de fatiga, de cansancio, de inquietud, de sordo e inacabable sufrir. No hacía ningún movimiento, pero sus ojos miraban tan desoladamente que parecían querer aferrarse a los seres y a las cosas. Un día dijo: Se me figura que Uds. son tan felices porque pueden contemplar el sol! Yo no lo veré más: el modo con que ustedes me hablan y me miran, me lo dice bien claro».

Una mañana, del Abril de 1908, antes de haber cumplido los veintinueve años de edad; en pleno otoño, precursor de ese invierno que imaginaba en su poema para el largo viaje, se quedó dormido Juan Pereza, descansando para siempre de las fatigas de la vida:

¿Cuándo será el viaje eterno?
Tal vez en tiempo de invierno
y en un día triste y gris...

¿PEZOA VELIS, POETA POPULAR?

No era Pezoa Velis ese hombre del pueblo que dieron en afirmar sus biógrafos y sus amigos, acaso para explicar mejor

el fondo decorativo en algunos de sus poemas. El escritor que concibió *Pancho y Tomás y Alma chilena*, no hizo otra cosa sino responder al influjo de la moda literaria, cuando estaba muy en boga cierta literatura de tono rústico, de ambiente popular, impuesta por la influencia del naturalismo europeo, de escritores franceses como Zola o de novelistas rusos como Gorki. Durante los ocho primeros años del siglo ¿cuál fué el escritor chileno que no rindió su necesario tributo al ruralismo del momento? Baldomero Lillo publica los cuentos de «Subterra»; Guillermo Labarca escribe «Al amor de la tierra»; Dublé Urrutia «Del mar a la montaña»; Bórquez Solar rima una ocasional exaltación demagógica en «La floresta de los leones»; Víctor Domingo Silva asegura que, antes que poeta es revolucionario, en «Hacia allá»; Rafael Maluenda imagina sus «Escenas de la vida campesina». Todos ellos hablan del campo, de las minas, de la pampa, de la gleba; de ese pueblo, en fin, que aguarda su hora y que en Santiago comienza a tener un campanario en la revista *Panthesis*.

El sentimiento de las cosas populares era antes imaginado que sentido en Pezoa Velis como el aristocratismo por que solía decidirse otras veces y que el mejor de sus biógrafos, Ernesto Montenegro, reconoce cuando recuerda que el pasatiempo de una inesperada holgura le mueve a soñar con aristocráticas alianzas. Así también mientras exaltaba la simpatía por la tristeza del labriego o iba a sentir el vaho caliente de la miseria en el riñón de la Pampa, pensaba rivalizar con los gomosos de Viña del Mar: «Su ideal de entonces, ha escrito muy acertadamente D'Halmar, era volverse maniquí de salón; usaba guantes *préville*, que se hacía abrochar entre suspiros por sus íntimos; admitía como moneda corriente libros en francés, que se hacía traducir entre bostezos, y tiraba más vanidad de una cuadrilla mecánicamente danzada, que de una inspiración atrevida». ¿Cómo no recordar también cuando, en la relación de su época de vida militar, habla de su aplomo de elegante y de muchacho vicioso?

Nacido en un modesto hogar de la clase media, convivió

ocasionalmente con el pueblo haciendo bien poco por acercarse a él. Y es así como, la mayor parte de sus poemas, con la excepción de tres o cuatro entre lo mejor de su producción, son la obra de un poeta circunstancial, cuyo fondo está inficionado por todas las influencias del momento, desde Gutiérrez Nájera hasta Díaz Mirón y Lugones. Su poesía representa el fin de una época, en la cual se le rindió pleno homenaje a la anécdota: ¡Cuántos que ya repudiaban a Núñez de Arce, porque sólo escribía cuentos rimados, no lograron sino reincidir en lo que tanto le criticaban! Mientras el autor de *Un Idilio* no pasó de ser más que un romántico, que había tenido su hora de byroniana rebeldía juvenil, los que llegaban tras él no hacían sino renovar el eco de la misma cuerda con un pretexto nuevo. A la preocupación de ahora por las cosas del pueblo, había correspondido ese jacobinismo de los «Gritos del combate». Ahora como entonces los veinte años rebeldes de tantos poetas declinaron hasta la burguesía doméstica de los últimos años de don Gaspar. Así, hacia 1905, cuadraba ser tan romántico haciendo el demagogo literario, como medio siglo antes alardeando desprecio por la vida o exaltando la desesperación amorosa. Fué tal fecha el 1830 del nuevo romanticismo: se era anarquista también byronianamente; se leía a Marx y a Kropotkin; se juraba por Zola y por Gorki; se frecuentaba los centros obreros y, hasta parecía interesante aventurarse en los azares de alguna huelga revolucionaria, ni más ni menos que los románticos del año cuarenta y ocho levantaron en París las barricadas encontrando honroso cualquier Guernesey.

Pezoa Velis, como todos los de su generación, quiso vivir plenamente su hora: cantó el campo, que sólo conocía incidentalmente por alguna excursión de vacaciones; elogió al *roto*, que vió de cerca en sus días de poeta popular, en su rápida excursión a la Pampa o en los muelles de Valparaíso, en las horas que le dejaba libre su empleo municipal de Viña del Mar; le consagró un poemita a la Pampa, es decir, al gañán esforzado que va a arrancarle el salitre a la costra endurecida de las tierras inhospitalarias. Y nada más. El resto de su poesía

es la de cualquier rimador, más o menos vulgar; fácil, suelto, regocijado; ni es fruto del pueblo, nacida al calor del alma popular, ni siquiera puede considerársela como peculiar de la manera de sentir de las clases humildes. En tres de sus poemitas, *Pancho y Tomás*, *Alma Chilena*, *De vuelta de la Pampa* nuestros *rotos*, fatalistas, intencionados, sin apego a la vida, constituyen el motivo animador. Pero, no se busque en ellos otra cosa que lo que son: tres historias rimadas con cierta facilidad, pobres de lenguaje y perfectamente vulgares. Esa poesía pudo halagar un momento, que ya se fué y está muy lejos: después del lirismo estentóreo, puramente verbal de Pedro Antonio González, supo a cosa nueva esta poesía desgredada, prosódicamente rudimentaria, que algo o mucho tenía de las décimas de Bernardino Guajardo, con quien hubiera podido competir alguna vez en lances de improvisación callejera.

Pezoa Velis comenzó siendo poeta del pueblo. no sólo por la soltura de su verso de improvisación, sino que por su convivencia juvenil con la musa callejera: amigo, camarada, del más difundido de los versificadores populares, Juan Bautista Peralta, al amor de sus veinte años mató muchas hambres llenando esas hojas que, a grito herido, voceaban por las calles los vendedores. Eran las consabidas décimas hiladas en ejercicio de facilidad, que suscribía con un seudónimo ocasional: Juan Mauro Bio-Bío y el ciego Peralta alternaban en ese reinado de manga suelta, que forzaba el tema de algún crimen o de cualquier suceso alarmista. Una tarde de tantas, al margen de cierto celebrado primero de Mayo, con fiesta de arpa y guitarra y en casa de alguna comadre oportuna, los dos poetas solían enredarse en amable duelo de consonantes: mientras Pezoa ajustaba una estrofa, Peralta replicábale por lo divino: «Don Juan Mauro Bío Bío—es el padre de la ciencia—rey de la Jurisprudencia—más gigante que su río».

Sería preciso analizar en Pezoa Velis esos dos aspectos, casi simultáneos, que muestran al poeta concibiendo *San Ignacio*, poeta y confesor, dechado de verbalismo, simple poesía preciosista, y *Alma Chilena*, versos con sabor a improvisación, para

comprender cómo las circunstancias le dictaban las estrofas más diversas: la poesía de juego floral, cadenciosa, pueril, y el verso escrito un poco a la diablo, despeinado, lleno de incidencias populares y de interpelaciones del lenguaje callejero. Mientras en la primera se habla ¡oh imperdonable anacronismo en un rimador del mil novecientos!, de la «volúbil mariposa que se posa en una rosa y habla en verso con la rosa», en la segunda el verso anda en mangas de camisa recogiendo la jerga plebeya: «Hablaban Austin:—Güeno, ahora—¿por qué hermanos no ayüarla?...» Y es que es preciso no olvidarlo, Pezoa Velis fué, ante todo, un poeta de circunstancias, que cultivaba su labor de rimador como un gerifalte su artificio: a pesar de la soltura que le movía a escribir sus versos ocasionalmente, en la mayor parte de los casos se desvivía por mejorar todos los recursos técnicos del ritmo. Nos ha sido posible revisar todos sus cuadernos de apuntes, conservados por Guillermo Labarca Hubertson, y ellos corroboran la preocupación constante del poeta por ejercitar los elementos prosódicos con una paciencia de escolar aprovechado. Abundan las páginas consagradas a los sinónimos, a la adjetivación, a las clasificaciones de los vocablos, a las figuras retóricas, a las equivalencias y correlaciones de armonía verbal; pero, lo que más le preocupa es la rima, en todas sus variantes, con las cuales llena páginas y páginas y que a veces aparece en los esquemas de sus poesías colocada en los renglones aún no llenos con el contenido del verso:

En el sopor. ceniza
se alza un rumor..... rolliza
ruedan carros..... risa...

Pezoa Velis murió en 1908 dejando una obra incipiente, que los editores no han depurado acaso como se debiera, respetando en obsequio a sus abundantes lectores la totalidad de su mediana producción, perdida antes que Ernesto Montenegro la reuniera en volumen, en las revistas y diarios de la época. De ella vivirán, entre lo mejor suyo que valga para recordarle siem-

pre, los versos de *Nada*, *Una astucia de Manuel Rodríguez*, *Tarde en el Hospital*, *Pancho y Tomás* y acaso *El Pintor Pereza*, desgraciadamente tan poco suyo. Ya hemos advertido que el poeta no fué insensible a las influencias de su época y en una de éstas fué la del Lugones de «Los crepúsculos del jardín». En efecto, ¿cómo no recordar *El solterón*, cuando se piensa en Juan Pereza, tirado como un gran lagarto en su vieja boharda, fumando su cachimba, ni más ni menos que el displicente sujeto lugoniano, que masca su pipa de boj, tendido sobre el sofá, mientras ruedan las horas sin desentumecer su ánimo. Sin embargo, hasta el momento se había desconocido esa influencia como que críticos bien informados como Eduardo Solar Correa, han llegado a decir, al considerar este poemita: «El poeta expresa con originalísimos acentos el cansancio espiritual, el fastidio gris con que la ciudad le agobia».

LAS MEMORIAS DE LOS VEINTE AÑOS

Pezoa Velis vivió siempre un poco al azar de las circunstancias, desordenadamente, deseando alcanzar esa situación estable que nunca consiguió cimentar. Le preocupaban el problema del hogar, del matrimonio y de la familia, a él que se dió con tanta frecuencia a una incorregible bohemia. El burgués que dormía en él hubiera querido asesinar al bohemio incorregible consiguiendo alguna estable sinecura, que tanto se esquivó al sueño de sus ambiciones. Cuando, un día, obtuvo el cargo de secretario en el Municipio viñamarino, se apresuró a instalar su rinconcito, el nido del eterno Juan Pereza artista. D'Halmar ha recordado que, al partir de Santiago para su casuca de Margá-Marga, le invitaba con cierta conmovedora satisfacción: «Encontrará allí el baño como usted lo prefiere, junto al cuarto de trabajo, y toda libertad. Sin que lo supieran les he envidiado tanto a todos ustedes los que tenían un hogar, que dénme el gusto de poder ofrecerles por una vez algo que yo creo que se le asemeja».

Y como había vivido, trashumantemente, se fué también, sin alcanzar a poner orden en sus versos para la edición que acarició siempre en sueños y que nunca hizo. Ya, a los veinte años de edad, consignaba en uno de sus cuadernos de Memorias, que ha terminado unos versos «que insertaré en mi libro *Tañidos* que pienso publicar el otro año»; es decir, el primero del nuevo siglo. Luego junta sus artículos, publicados en los diarios y en las revistas, reuniéndolos en cuadernos, en una de cuyas hojas en blanco se lee: «nueve artículos terminados para el libro *Tierra bravía*; crónicas impresionistas, tipos chilenos, prosas románticas, narraciones... lontananzas criollas... paisajes chilenos». Son nueve artículos ocasionales, sin ningún valor, de un periodista suelto, fácil, que hace la crónica amena para un público no muy exigente.

Ni más ni menos importantes que estos artículos son las restantes páginas inéditas que nos han quedado de Pezoa Velis: las Memorias; esa «Vida Militar», crónica de una marcha; algunos poemitas de sus buenos años y otros de adolescencia.

Muy propio de sus veinte años en agraz, años de ilusiones, de un fuerte amor, es el Diario, ingenuo y pueril. He aquí los cuatro cuadernos, colmados con su escritura desigual, escritos día a día, durante dos meses, Noviembre y Diciembre de 1899. ¿Qué puede pensar un muchachuelo, horro de cultura, con vagas y ocasionales lecturas, que no ha salido un momento de su rincón hogareño? Esos apuntes sólo parecen tener un motivo, el que por ese entonces llena vida tan exenta de preocupaciones: el primer amor formal, borroso y hasta equívoco, según lo dejan entender las propias anotaciones memoriales. Un primer amor que traduce la expresión cabal del necesario romanticismo de unos veinte años bohemios, en los cuales apuntan los comienzos literarios. El único nexo de interés, aunque en sí carecen de todo interés, de esos vagos y mal hilvanados recuerdos, consiste en la preocupación amorosa que mueve al futuro poeta en un plano de actividades harto vulgares para conseguir ganar la atención del lector desgano. Si esas Memorias hubieran de ser consideradas como un antecedente de necesarias

promesas literarias, casi hubiera podido anticiparse que tales apuntes, de un mal escolar, ayuno hasta de la indispensable ortografía, no prometían nada, absolutamente nada, para las letras. Acaso, de cuando en cuando, uno que otro rasgo, espigado al azar de tantas páginas, permite fundar el peor de los diagnósticos sobre el temperamento exasperado, irritable, del joven Pezoa Velis. En efecto, un día, mordido por los celos, siente impulsos de sorprender a su novia y «darle tres o cuatro puñaladas». En otra ocasión escribe varias páginas de su Diario que, más entrado en años y acaso dueño del don de ironía, hubiera podido titular, física y metafísica de probabilidades sobre la virginidad, de tal manera discurre acumulando cuanto imagina en torno a un supuesto de específica puerilidad.

En cambio, lo único en que tal Diario hubiera podido tener algún interés, no lo encontramos: el testimonio de un observador atento sobre la vida literaria de ese entonces. Apenas si una que otra referencia incidental, las más de las veces someras y desprovistas de interés: fastidio porque P. P. Figueroa ha escrito un artículo elogioso sobre cierta mala novela de un peor escritor: «un pije fatuo que anda por las imprentas, rogando le publiquen elogios que él mismo redacta»: indignación no contenida al constatar como se corrompe la prensa: «*La Ilustración* de ayer, escribe, publica el retrato de X., un pillo cochino, como doctor filántropo sabio y trabajador. ¡El que debiera estar en la cárcel por ejercer la medicina ilegalmente!». Y la necesaria reflexión, que le mueve a pensar cuando aparecerá un diario en Chile en el que escriban Cabrera Guerra, Bórquez Solar, Dublé Urrutia, «para que hagan añicos a estos infames».

Cierto día asiste al entierro de la madre de un amigo. Desde su carruaje puede observar: «A. de Gery (léase Emilio Rodríguez Mendoza) ha cruzado con el cortejo, moviendo su cabeza y describiendo círculos con el bastoncillo, acaso pensando que dentro de los carruajes irán muchas personas que leen sus articulitos traviesos y elegantes y que lo miran tratando de ver en que facción de su rostro se nota el talento». En una sesión

del Ateneo advierte cierta noche a don Paulino Alfonso, «en una posición tan artísticamente elegante»; otro día le oye leer un trabajo sobre el dolor y la alegría. Al referirse incidentalmente a *La Lira Chilena* y a su editor, recuerda que acaba de morir en Valparaíso Ricardo Fernández Montalva: «excelente poeta, pero *muy* bueno»; luego no olvida «cuando se representaba su drama *Una mujer de mundo* en el Teatro Municipal. Era aquello un soberbio triunfo. El público lo aplaudía frenéticamente. Fué llamado a la escena y obligado a salir como ocho o nueve veces, ¡Quién sabe que obscuridad rodeará su tumba!».

¿Qué lee, qué escribe, qué piensa por ese entonces el futuro autor de *El pintor Pereza*? Aparte de las obligadas lecturas de los periódicos, para cuya adquisición siempre está afrontando la terrible tragedia de su pobreza («pedí cinco centavos para comprar *Los Lunes*»; «He comprado *El Figaro* y *La Ley*, con veinte centavos que me prestaron»; piensa en *El Clarín*, que aparecerá al día siguiente: «Vamos a ver con qué plata lo compramos». «Mi padre me proporcionó veinte centavos: con ellos compraré *La Ley*») le sabemos frecuentando libros como los siguientes: «El diablo mundo» («no lo entiendo ni poco ni mucho»); «La profesión de fe del siglo diecinueve», por Eugenio Pelletan («es un librito profundo tal vez en exceso, por lo que me cuesta mucho entender algunos pensamientos»); «Las ruinas de Palmira», de Volney; «La guerra y la paz», de Tolstoy; piensa buscar un ejemplar de Shopenhauer (respetamos la ortografía); y, luego, lee, lee mucho a Becquer, Balmes, Heine, Michelet, Dickens, Gutiérrez Nájera, Maupassant; estudia francés leyendo a Rosseau y, para corroborar que aprovecha las lecciones, dice que ha puesto sus ideas en la punta de *le plume*.

No le faltan proyectos literarios y de ellos dan prueba sus versos, incluidos en los cuadernos del Diario, deplorables, vulgares, versos de escolar remolón con todas las malas influencias de la época, en los cuales exalta la profesión irreligiosa y el alarde demagógico: «¿Existe el más allá? ¿Dios es la mano—que mueve el Universo desde el cielo?—Tal vez... pero ese Dios, es Dios tirano!—¡Aborto miserable de este suelo!» Tam-

menzó a difundir una torpe calumnia literaria: un conocido novelista chileno habría conocido y usurpado estos apuntes para una obra que cuenta entre la mejor de nuestra literatura. Nada tan injusto y arbitrario: los borradores de Pezoa Velis carecen del más mediano valor y apenas si se nos ocurren los ensayos de un principiante ayuno de letras.

Como lo indica el subtítulo, se trata de una simple relación de una marcha y, aunque fué escrita en 1903, es decir cinco años después de cumplir con sus obligaciones en el servicio militar, la crónica parece perjeñada sobre lo inmediatamente vivido, en aquellos años de singular actividad bélica, cuando la amenaza de una guerra alcanzó a golpear en todas las puertas.

¿Quiso ser una novela o un modesto diario? Carece de todo interés y su animación apenas si mueve la perezosa atención del lector, que se desespera con la letra infantil del manuscrito, a través de las cuarenta páginas, en las que no ocurre nada.

En la portada interior del cuaderno se lee: «toda la campaña se mantendrá alrededor del pobre Valdovinos». ¿Quién es tal personaje? Uno de los compañeros, vale decir uno de los soldados, que forman en su regimiento; una especie de Pantagruel, obeso, bonachón; el hazme reír de la compañía. «El tono desabrido de sus ojos chicos, escribe Pezoa Velis, sus bigotes groseros de hombre descuidado, su cortedad de joven pobre, sin más roce social que el de sus amigos de colegio, el aniquilamiento de su persona ante el desgarrado desplante de nosotros, jóvenes todos que además de nuestro aplomo de elegantes tenemos el irresistible aplomo de los muchachos viciosos».

Una simple marcha hasta cierta estancia situada en los alrededores de San Bernardo. El apetito alerta indica oportunamente la hora de hacer alto. El rancho sabe a gloria. He aquí al Estado Mayor que les pasa revista. Llega el general Körner: «Todos permanecen indiferentes a su simpática bondad de hombronazo infantil y a su cortejo bullicioso de ayudantes flacos».

Las condiciones del novelista, como animador del ambiente que le rodea, son pobres en toda clase de recursos. Escribe con frialdad y desaliño: «A las doce del día caminamos a dos

bién acaricia la idea de una novela, la novela que todos hemos proyectado a los veinte años: «He pensado mi novela, escribe, que tendrá esta trama: yo principiaré el libro contando que un bohemio dejó olvidado, en una cantina, unas memorias. Las memorias serán bonitas; en un estilo especial; en medio de ella irá intercalada una buena novela psicológica. Tendré que trabajar mucho en ella colocando los pedazos de novela entre los días de las memorias. Para evitar que la interrupción de la novela sea pesada para el lector, procuraré hacer más interesantes las memorias del joven. El fin del bohemio, cuando concluya las memorias, será la filosofía de la vida. El bohemio seré yo». Claro está que, en los personajes restantes, encarnará a sus amigos de entonces y en la heroína a Lorenza, su amor ideal del momento. No faltarán en el libro la necesaria noche de luna, el seductor infame e infamador; la mujer engañada, la serenata de Schubert, los versos de Gutiérrez Nájera. Se titulará «Intimidades de un loco joven».

¡Deliciosas memorias las del futuro poeta! Todo en ella es pueril hasta la tontería: ni un rasgo, ni un arranque, ni una reflexión que denuncie la inteligencia o la delicada sensibilidad de un escritor en ciernes. Una que otra idea vaga y vulgar, perdida en las doscientas cincuenta páginas de los cuadernos: «la luna se levanta perezosamente en el oriente. La noche es bellísima, como la imaginación de un poeta joven»; «el criterio es esclavo de las circunstancias»; «parece que mi carácter rematará su obra con un soberano balazo en las sienas». «¡Ah buitre salvaje! ¡Ah, destino!»; «la naturaleza me insultaba con su esplendor primaveral»; «la riqueza, incluso la del talento, corrompe nuestros corazones».

OTRO INÉDITO

Asociamos la lectura de este cuaderno, apretado de revesada escritura, que consigna la crónica de una marcha y que su autor tituló pomposamente «Vida Militar», a cierto *venticello* que co-

leguas de San Bernardo. El sol cae con cierto encono sobre el camino pintarrajeado con los uniformes de brin blanco y las mochilas que juntan sus espejeos al de nuestros rifles y yataganes. Caminamos estúpidamente observando los caprichosos dibujos de la tierra pisada para olvidar el cansancio. Al lado nuestro van quedando las huertas campestres, los potreros desolados y los modorrientos bueyes que rumian en perezosas posturas. De cuando en cuando pasan bandadas de pájaros campesinos con rumbo desconocido».

Al declinar la tarde se reanuda la caminata. El regimiento vuelve a Santiago. La marcha es pesada, recia. En vano aguardan los soldados que el capitán ordene cambiar de hombros el rifle: «Cada uno se aferra a la desesperación mientras élla más se aferra a nosotros. Cada uno lleva una idea fija en la imaginación. Este que va al lado mío dice continuamente: seiscientos, seiscientos, seiscientos... Recuerdo que en el camino oí ese número en boca de un chico que hablaba de la dotación del batallón. El aspirante oyó el número cuando el cansancio lo idiotizaba y se pegó el vocablo. Y lo repetía una y otra vez como si hablara con alguien. Otro infeliz contaba sus pasos: 801, 802, 803, 4, 5...»

El batallón deja atrás el Llano Subercaseaux, la calle San Diego, la de la Bandera, pasa el río, sigue por la de la Independencia y va a acampar fuera de Santiago, en el fundo Lo Negrete.

¿Qué piensan todos esos soldados, aspirantes a más altos grados en el ejército? ¿O es que sólo ocupa su imaginación ese mecanismo subconsciente de las ideas fijas, que imponen las marchas monótonas? Por lo menos el voluntario Pezoa Velis cavila algo más serio: «Ya no es el comandante el aborrecido. Es todo ese conjunto de cosas crueles que parece formarse de la obediencia militar la ideal concepción de la patria sintetizada en la mujer rubia, la fuerza de pesantes que acumula el equipo sobre nuestras espaldas, el peligro de la guerra cercana, el suelo nativo, todo eso que obliga la improvisación de los ejércitos con carnes de pobres diablos». Ahora la idea fija de la marcha

y el cansancio, han despertado la rebelión en el soldado, porque no sólo lanza su exasperada protesta contra la máquina humana que hace la guerra, sino contra cuantos disfrutan de la vida y sienten sus estragos desde lejos: es una injusticia que los hombres sólo vayan a la guerra; las mujeres debieran ir también y los viejos que tienen familia, bienes, posición, dinero.

La tropa finaliza su marcha mientras encienden la imaginación del soldado las sensaciones más opuestas o mientras, en el desvarío de la fatiga, la pantera de la sensualidad le hostiga con sus acechanzas. Transcurre la noche en el vivac, poblada de los indefinibles rumores del silencio y, al despuntar la mañana por el oriente, canta la necesaria nota bucólica, la pincelada del típico paisaje rural: «Es una mañana de bastante sol esta que sorprenden los aspirantes sobre el desabrimiento de los campos. Los árboles enflaquecidos por la desnudez de sus troncos hacen ademanes angustiosos en el recogimiento de la soledad. Una inmensa sábana de luz se extiende por las campañas. Cierta alegría rejuveneciente invade los ramajes añosos, los potreros húmedos aún, los cerros fantasmagóricos por donde vagabundean pájaros alicaídos que parecen mirar de soslayo las profundidades y los piques».

Y, con la mañana, el ejército regresa a su cuartel, rendido, satisfecho con el primer ensayo de vida en campaña, que ha de ser como el anticipo que le espera para la guerra que ha de venir.

Tal es el relato de esta crónica militar, sin importancia, perfectamente insignificante, desprovista de todo valor artístico. Nada se ha perdido ni nada se ha de perder con que se conserve inédita, para mayor edificación de cuantos admiran a Pezoa Velis sin reservas de ninguna especie.

Bizarrias de Antaño

SI no me falla la memoria, en Noviembre de este año funda el pintor Alfredo Melossi la revista «Luz y Sombra». Me llamó a colaborar en buenas condiciones. El regentaba el hotel de su propiedad que todos conocimos en la Estación de la Alameda. Aquí también llamó a Augusto Thomson y lo protegió de manera decidida y eficaz. «Luz y Sombra» dió una vez un gran banquete en su hotel a todo su personal de redacción, dibujantes, fotógrafos, etc. Al final fueron retratados todos los asistentes.

Esta revista tuvo la virtud de abrir camino a las tendencias nuevas en el Arte; del arte modernista sin exageraciones; educó al público con las más variadas colaboraciones. Después, fusionándose con «Instantáneas», otra revista que no había conquistado mucha popularidad, la revista de Melossi hizo labor más intensa y profícua. No hay, pues, motivo para que el pintor Alfredo Melossi sea olvidado en la literatura de mis mocedades floridas.

Más o menos por este mismo tiempo Marcial Cabrera Guerra toma bajo su patrocinio una humilde revista que un señor Ramos editaba con el nombre de «Santiago Cómico», y publica unos versos del poeta González, «A Santa Teresa», y su caricatura con hábito de fraile y con la capucha vuelta. Al poco tiempo la pequeñita revista se transforma en manos del Chico Cabrera y se hace «Pluma y Lápiz» famosa. Una pléyade de

escritores y poetas, todos jóvenes, colaboran en ella y los mejores dibujantes ilustran sus páginas. La capital de Chile se asombra con esta revelación de una juventud mental vigorosa, moderna y sana, libre de prejuicios. Después comienza a pasar lista de presente en la revista la más prestigiosa (lanje espiritual de Hispano América. De este modo «Pluma y Lápiz» educa el gusto artístico, ejerce una misión pedagógica de belleza, hace una labor social honrada y provechosa, y es en Santiago guía y enseñanza permanente. Su fama pronto fué a provincias y toda persona ilustrada o de buen gusto hizo de ella su lectura favorita.

La revista del pintor Melossi dejó de publicarse y entonces la demanda de «Pluma y Lápiz» fué mayor. Parecía, pues, asegurado el porvenir de la bella publicación y el advenimiento a corto plazo de una mayor cultura. Mas, por desgracia, paralelamente, dos hebdomadarios que tenían pretensiones literarias, destruían en la capital toda labor artística, propagaban el virus maléfico, explotando la cursilería reinante en la más variada forma, fabricando literatura para modistillas, horteras y chimberos, la única que podían hacer sus infelices compaginadores. ¡Oh! nunca podrá ser abominada lo suficiente la obra de esos buhoneros literarios, desenfadados y audaces que no tenían más objetivo que ganar dinero, sin nociones de Arte, sin gramática y sin decoro.

«Pluma y Lápiz» se imprimía en la Imprenta Barcelona y salía a la venta, y empaquetada para provincias, desde la calle San Carlos, casa 746, entre Santa Rosa y San Isidro, que entre santos vivíamos Cabrera y yo.

A pesar de estar excomulgados como escritores de *La Ley*. Cabrera dedicaba a su revista toda su actividad, toda su vida, en un trabajo abrumador que me asombraba. Los días Viernes y Sábado más aún, cuando había que repartirla en los distintos puntos de venta en Santiago y provincias. Esos días se levantaba antes de las cinco de la mañana a empaquetar y se acostaba a las doce de la noche, o más tarde, fatigado, rendido y siempre contento, con una broma en las labios para mí o

para el muchacho que le ayudaba. Este, que es hoy jefe de policía por ahí, me dijo en días pasados al encontrarme:

—Don Marcial ¡qué gran caballero! Si hubiera vivido él, yo sería una gran cosa. Me quería mucho.

En «Pluma y Lápiz» nacieron a la vida literaria varios ingenios, entre los más sobresalientes Carlos Pezoa Véliz, prematuramente fallecido, lo mismo que el joven poeta Jorge Prieto Lastarria, Víctor Domingo Silva, Pedro E. Gil, Allan Samady, Francisco Contreras y varios otros.

* * *

Experimento en estos mismos días una grandísima evolución espiritual. Mi fe en la bondad de los hombres, de parientes y amigos se había evaporado. El egoísmo más brutal y agresivo se me mostraba en todas partes. El mismo Marcial, que había sido bueno a las veces conmigo, se me revelaba en una forma desusada: su carácter se había agriado de repente. Y después cuando «Pluma y Lápiz» no daba toda la utilidad que él soñaba, se hizo malo y sué cruel. Todo le ha sido perdonado por lo mucho que sufrió.

Entonces yo visito los suburbios, vago solo por los alrededores de la ciudad para hartar mi vista con los cuadros misérrimos de las vidas desamparadas y miserables. Voy amargado en busca de mayores amarguras que las mías, en busca de historias tristes, de historias dolorosas, de muertes trágicas, y se me presenta la vida en todas sus formas más irritantes. Y no por convencimiento libresco sino por haberlo visto y palpado, creo firmemente que todos los hombres se dividen en dos clases: la de los lobos y la de los corderos eterna y terriblemente devorados por aquéllos; que no veo sino explotados y explotadores.

En medio de estas tribulaciones que daba a conocer en cuentos amargos que publicaba en «Luz y Sombra» que me daba por ellos una magnífica pensión, y en ocasiones con champaña, vino el poeta González a disuadirme de *hacer tonterías*, cuando yo

quería hacerme apóstol del proletariado, organizarlo en partido de clase para reivindicar sus derechos a una vida más fácil y más buena. El poeta, que tenía un profundo buen sentido, después de reirse compasiva y bondadosamente de mis quiméricos propósitos, me decía:

—Con razón te dice el Chico (Cabrera) que eres un tonto. Tú no eres hombre de acción, ni político explotador de la ignorancia popular. Si vas de buena fe, primero el pueblo se reirá y después te disparará piedras. Eres incapaz de engañar a nadie; eres poeta y nada más. ¿Qué es muy amarga la vida? Pues hay una manera de no sentirla. Esta... (Y bebía hasta el concho su copa roja). Por cada dolor que veas o sientas haz una poesía y ganaremos todos. Ahora si quieres ir preso, yo mismo te puedo mandar.

Y una semana siguiente estuve a punto de ser llevado a una comisaría por culpa de él. Voy a contar el caso ligeramente:

Después de un «Machitún», una comida, ágapes cordiales entre escritores y artistas, pasamos al Club. Hasta las doce de la noche estaría yo con González, oyendo improvisar a Préndez. Ya he dicho que éste era un admirable e infatigable improvisador. González me rogó que lo acompañase hasta su casa. Vivía en la calle del Manzano, una paralela a Recoleta, a la derecha, pasado el Mapocho.

—¡Hombre!—me dijo—Por el puente he notado que andan bandidos y que me asechan ahí, de noche... Y ahora que no pasan tranvías, peor. ¿Vamos?

Le acompañé. Hicimos antes de llegar al jardinillo de Recoleta dos altos, para observar, según él indicaba, que nadie nos seguía. Y contento por haber pasado el peligro que yo no creí, golpeó en un restaurán cuyas puertas estaban cerradas.

—¿Quién?—dijeron de adentro.

—Yo—repuso el poeta. Y se abrieron las puertas como si le esperaran. Entramos. Cerraron. Pidió una botella de chicha. Mientras la bebíamos, observé cuatro jugadores de dominó, serios, taciturnos, y tras el mesón una mujer joven aún, de grandes ojos verdes. Salimos. De repente, al llegar a la calle Andrés Bello,

se paró en seco González y quedó mirándome de una manera extraña y murmurando palabras ininteligibles.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Qué te importa, bandido?

—Pero, hombre. Te ha hecho mal...

Pasaba a caballo en ese instante un oficial de policía y le dió voces, llamándole. Acudió éste y el poeta le dijo:

—Este hombre me sigue ya dos cuadras y no quiere apartarse de mi lado. Yo creo que quiere robarme. Hágame el favor de llevarlo preso.

Me quedé estupefacto y no menos extrañado el oficial que veía muy bien por mi flamante indumentaria que salía de un banquete y no de la hampa. Pero González insistió en que me llevara preso y que si no él mismo iría a reclamar contra el oficial, en la comisaría cercana. Entonces me alarmé porque creí que el poeta se había vuelto loco. Le hablé con las palabras más cariñosas. Noté que chupaba su cigarrillo con más fuerza y más aprisa. El policía ya se disponía a hacernos marchar adelante, al cuartel. Gracias que se me ocurrió una idea salvadora:

—Señor oficial—díjele.—El poeta González, este que Ud. ve, ha perdido el juicio, y Ud. puede hacer el favor de acompañarnos hasta que yo lo deje en su casa, que está aquí muy cerca. Accedió y González también, lo que me admiró. Verdaderamente, yo pensaba que el poeta había perdido el juicio. Sin hablar más palabra llegamos a su casa. Al abrir, empujándome hacia adentro, decía:

—¡Entra ligero, hombre!

Cerró tras de sí la puerta con violencia y mientras se reía del susto que me había hecho pasar oímos que el oficial decía desde afuera:

—¡Buenas noche, don Pedro Antonio. Si lo conozco!...

Hombres, ideas y libros

El problema educacional

(Observaciones de señalado interés hace el profesor de la Universidad de Chile, don Roberto Espinoza, en la comunicación dirigida al Ministro de lo Interior, don Carlos Ibáñez. Toca en ella diversos aspectos relacionados con la reforma educacional de Chile, problema que cobra en estos días nueva actualidad en nuestro país.

Reproducimos la carta del profesor Espinoza y la respuesta del Ministro señor Ibáñez).

Santiago, 15 de Febrero de 1927.

Señor Don

Carlos Ibáñez del Campo.

Presente.

Muy distinguido señor:

¿Habrá de permitir que me dirija a Ud. para considerar la gran trascendencia del paso dado por Ud. y la necesidad de una acción tan fecunda como conviene a la paz, al progreso de Chile, al prestigio de los dos movimientos militares de nuestras fuerzas armadas, a la confianza del país en su futuro, y, por lo mismo, a la conveniencia de que, cada problema—que son muchos—sea resuelto de modo que los intereses nacionales resulten más eminentemente favorecidos?

Como se trata de algo tan público, tan nacional, tan general para todos los chilenos, llego a pensar en que querrá excusar

esta licencia, de otro lado, justificada por el alto cargo que se halla desempeñando y por el papel que le toca en el drama que ha de definir el porvenir de Chile.

Por otra parte, he aplaudido, como el que más, públicamente, desde los primeros momentos, las actividades de la oficialidad del Ejército en Septiembre de 1924 y en Enero de 1925; así como he aplaudido y aplaudo las reformas jurídicas que esas revoluciones hicieron posibles; así como aplaudo la serena y fraternal actitud del Ejército y de la Marina de Guerra en los instantes presentes, que no puedo dejar de sentir el más vivo interés por el futuro desarrollo de la política del Gobierno. definitivamente decidido a encarar los problemas nacionales con un espíritu esencialmente chileno; es decir, inspirado en el más calificado interés público.

Deseo referirme aquí a uno de esos problemas, que es como la raíz de todos los demás y la seguridad para el porvenir de las conquistas jurídicas alcanzadas.

Para Chile, señor Coronel, será siempre un alto honor haber sido en América la cuna de la doctrina que, aquí, en estos momentos, se incuba, a saber: que, las fuerzas militares, que, durante muchos milenios, han estado, inconscientemente, al servicio de la tiranía, se ponen en Chile, al servicio de la libertad. Y, si, para Chile será siempre un honor el haber sido el regazo de esta doctrina, para Ud., que ha sido el encargado por el Destino de cristalizarla, será una aureola de las más pura gloria.

Mas, es cosa bien difícil, sin duda, aunar en un mismo espíritu la posesión de la fuerza con el de la libertad y el de la justicia; porque, desgraciadamente, con frecuencia grande, se ha visto cómo el que tiene el poder se siente inclinado a abusar de él; según acertadamente lo ha anotado Montesquieu.

El espíritu del más desinteresado patriotismo, ya bien aquilatado de que ha dado inequívocas pruebas durante el tiempo que ha permanecido en el Gobierno, revela que es Ud. dueño de un temperamento felizmente predispuesto para el ejercicio del Gobierno en estas anómalas condiciones; lo cual da la se-

guridad de que la libertad no habrá de experimentar más roces que los que exija la salud pública.

Pero hay, además del presente, una situación de futuro que contemplar; porque mientras las naciones son entidades permanentes, los hombres, no son más que sombras que pasan como celajes por el escenario, siempre renovado, del mundo.

Encuentro entre la situación actual de Chile y la situación actual de Italia, cierta analogía en el caso que deseo apuntar.

En efecto, Mussolini, hasta este momento, se presenta como un espíritu del más alto temple moral e intelectual; al que sólo guía el amor y la grandeza de Italia. Con todo, no se ve en aquel grande hombre, hasta estos instantes, por lo menos que yo sepa, el pensamiento constitucional de la Italia del porvenir.

Mientras Mussolini se halle en el poder, los asuntos nacionales, se puede esperar que marcharán bien; porque él gobernará solo de la manera que más convenga al pueblo italiano; pero ¿y después de él?

En el mundo entero no se producen Mussolinis todos los días; ni todos los días se destacan hombres que siendo sinceros y leales con el bien público, se hallen, también, dotados de una alta capacidad para el gobierno. La ambición sin el freno de la justicia es lo común; aunque, el anhelo del bien público son muchos los que, a gritos, lo pregonan para deslizarse hasta las altas situaciones y lograr las ventajas que da el poder en su exclusivo provecho; siendo raros, muy raros, los que, en verdad, lo llevan en el alma y hacen de él un culto.

Ahora bien: el gobierno que se propene Ud. realizar ¿cuánto tiempo durará?—Después que Ud. deje la pesada carga ¿quién será su sucesor?—¿Tendrá, ese hombre, las más puras y sanas intenciones, las más elevadas ambiciones que siente Ud.?—He ahí, señor, una situación de futuro que es menester considerar después de haber realizado su programa a satisfacción de todas las gentes de bien de este país.

Para una nación es una suerte grande encontrar hombres como Mussolini y como Ud., tan perfectamente empapados de fuertes anhelos de grandeza nacional; pero ni Mussolini ha pen-

sado—así parece—en la situación que se creará a Italia después de él, a fin de que no vuelvan al Gobierno los grandes traficantes; ni Ud.—así también parece—ha contemplado la situación del porvenir de su patria en este mismísimo sentido.

A las instituciones políticas italianas, para asegurar ese futuro, se debería hacerlas seguir los impulsos de la evolución, y proceder, en consecuencia, a la abolición de la realeza y a la abolición del sistema parlamentario de gobierno; sistema éste de mera transición entre el gobierno absoluto de los reyes y el gobierno realizado por genuinos representantes democráticos; ya que, dicho régimen parlamentario, nace al abrigo de una aristocracia y se erige por una nobleza sólo en su propia ventaja a continuación de haber sido los reyes despojados de su poder político; asuntos, todos estos, de que, Mussolini, parece no haberse dado cuenta; ya que insiste en el mantenimiento de la realeza y en el mantenimiento del sistema parlamentario; sin ver que, estas dos instituciones juntas, aseguran a la aristocracia su situación; lo cual es como decir que, sin pensarlo, se va tras la conservación de los privilegios de casta o clase...

Tiene Chile, sobre Italia, la ventaja de una Constitución Política que entrega al pueblo la designación del Jefe del Estado, y, a ese Jefe Supremo, la designación de sus Secretarios; pero, Italia, que, de estas instituciones, nada tiene en el presente, nada sabe, tampoco, qué tendrá en el porvenir, o sea como habrá de constituirse el Gobierno después de Mussolini, y si no volverán las cosas a lo que antes eran.

Se puede estar seguro de que los «camisas negras» que elevaron a Mussolini al poder, si pretenden ser los electores del futuro Jefe de Italia, no hallarán entre los suyos ni fuera de los suyos otro hombre como Mussolini; así como podemos tener la certeza de que en Chile, el Ejército y la Marina, que no pueden convertirse en electores permanentes del Jefe del Estado, o del Ministerio, o de estos o aquellos Ministros, no podrían hallar ni entre los suyos ni fuera de los suyos otro hombre con las virtudes públicas que ha revelado Ud. poseer.

Pues bien, ¿no hay el peligro para Italia, que nada parece haber

previsto sobre tan grave asunto; así como en Chile, a pesar de las ventajas apuntadas, de que, apenas abandonado el poder por quienes lo tienen actualmente en sus manos, vuelvan las cosas a su anterior estado, y, todavía, con caracteres más odiosos y profundos?

De la actual suerte de Italia y de Chile, hay, según mi parecer, manera de sacar el máximo provecho por la vía indirecta; ya que no se pueden hacer los gobernantes a la voluntad de las naciones en el estado actual del mundo.

La reorganización civil y política de estos dos países, de arriba a bajo, sería la manera de reducir a su mínimo los peligros apuntados y de obtener el máximo provecho por la vía indirecta, siempre que se procediera de acuerdo con la experiencia que los milenios de la historia aportan a tales soluciones.

Nosotros, en el terreno constitucional, ya está dicho, hemos avanzado más que Italia: pero ¿hemos avanzado cuanto pudiéramos y cuanto debiéramos?—Nosotros, con dos revoluciones y una reforma constitucional, pusimos término al funesto régimen parlamentario—causa de las orgías en que se había convertido el ejercicio del poder público;—pero ¿esto, es todo lo que Chile necesita en el orden político?—No.

En el terreno constitucional queda mucho por hacer para que podamos decir que poseemos una democracia. Largo sería enumerar lo que deberíamos hacer para llenar esta aspiración; pero hasta no conseguir que la elección de los representantes del pueblo, a partir desde el presidente de la República, quede totalmente sustraída a la influencia exclusiva de los *casiques*, y hasta no lograr que las leyes sean la verdadera expresión de la voluntad nacional, no podremos decir que tenemos una democracia.

Nosotros, además de todo eso, para hacer más sólidos los cimientos de nuestra democracia, necesitamos modificar la estructura política de la Nación, y transformar el régimen unitario que poseemos en un régimen federalizado. El excesivo po-

der del gobierno central, debe ser dividido entre poderes provinciales. La descentralización administrativa que establece la constitución de 1925, no basta. Es preciso, sin destruir el poder central, repartir el ejercicio de la soberanía delegada, entre poderes provinciales dotados de la autonomía necesaria para que por sí mismos busquen los cauces de su propio engrandecimiento... El federalismo, no es un sistema de desorganización: al contrario, es un sistema de organización política en el que, la unidad superior de la nación, está constituida por la asociación de grupos nacionales integralmente formados para realizar una vida independiente...

En el orden civil, base de la organización política, asimismo, nosotros, necesitamos hacer mudanzas fundamentales. Sin las convenientes transformaciones del orden civil, las reformas políticas pueden frustrar todo ideal democrático.

Las instituciones políticas italianas que Mussolini parece no atreverse a tocar; pero que, en el hecho, ha dislocado sustancialmente; así como las instituciones políticas que en Chile estableció la revolución de 1891, fueron transplantadas con el visible propósito de poner una valla a las formas democráticas, desde Inglaterra, país en el cual, una nobleza, en mucho siglos, lo elaboró para su exclusiva comodidad; por lo que, ni en Chile ni en Italia (así como habrá de ocurrir no antes de mucho en la misma Inglaterra), podían seguirse tolerando; dado el progreso incontenible de la cultura entre las multitudes, cada vez más atentas a sus intereses, y cada vez menos adictas a las clases nobles, o burguesas, en proporción al conocimiento que van adquiriendo de la mentalidad de sus dirigentes, ora nobles, ora burgueses, ora salidos de las filas del pueblo; pero contaminados con un régimen que ha sido hecho para el lucro de los que gobiernan.

Este derrumbamiento del sistema parlamentario en Italia, en España, en Chile, es lo que han dado muchas gentes en llamar la crisis de la democracia; sin darse cuenta que lo que se halla en crisis es un sistema aristocrático, y que, precisamente, los pueblos, van tras de sus ideales democráticos. En Chile, esta

confusión de ideas, que es confusión de hechos, el clero, la ha estado explotando en favor de sus ideales monárquicos; y, así, para llevar la atención del pueblo hacia la monarquía, ha comenzado por coronar a Cristo Rey, a la Reina Virgen; saltándole sólo por coronar al Niño de Dios en calidad de Príncipe heredero.

En ningún país de Europa, salvo Suiza, ha existido gobierno democrático. Inglaterra, Italia, España, Francia, Bélgica, Alemania, Rusia, Suecia, Noruega... han tenido gobiernos aristocráticos desde que los reyes absolutos fueron derribados y desde que el régimen del gobierno parlamentario, se presentó como una solución constitucional.

En América, se establecieron, a partir desde la independencia de estas repúblicas, constituciones democráticas, más o menos definidas con excepción del Brasil, pero, los sedimentos aristocráticos de la colonia, no podían hacerse desaparecer en un día, y, en el hecho, todas ellas, salvo Estados Unidos de Norte América, han tenido gobiernos aristocráticos. En Chile, este sistema de gobierno, con la revolución de 1891, se acentuó mediante la transplatación del régimen parlamentario...

¿En dónde se halla, en tal caso, la crisis de la democracia? ¿No ha sido, precisamente, la crisis del gobierno aristocrático la causa que dió origen a las revoluciones del 5 de Septiembre de 1924 y del 23 de Enero de 1925?

La descomposición moral de los gobernantes de Chile y de Italia, que, respectivamente, dieron origen a las actividades del Ejército y de la Marina de Guerra y de los 'camisas negras', fué así, el resultado de la estructura jurídica de estos dos pueblos, y no de los hombres; los cuales, en el gobierno, lo mismo que en la vida social, no son más—en sus respectivas actividades—que un producto de las ideas recibidas, de los principios asimilados, de los juicios y de los prejuicios, y de las leyes civiles y políticas, que, en conjunto, forman, en cada cual, el fondo de su ser moral.

Es así, como entre nosotros, desde las dos revoluciones de 1924 y 1925, acá, vicios latentes del régimen caído, se han

manifestado en sus peores formas como para probar que, el sistema actual, es algo peor que el anterior; pero que no podrán prevalecer bajo un régimen en el que, la autoridad y la responsabilidad, se hallen concentradas en un poder unipersonal supremo. El orden de cosas que hizo y continúa haciendo posibles tales vicios, puede, así, desaparecer por medio de un orden nuevo de relaciones; al modo como modificando el medio en que se desarrollan ciertos microbios causantes de graves dolencias se hacen desaparecer los microbios y las enfermedades.

Un orden nuevo en el terreno social sólo las leyes pueden crearlo; pero como las leyes más excelentes no pudieran cumplirse sin una ideología convenientemente formada, se hace urgente en grado sumo, proceder a la formación de las ideas por medio de la enseñanza, aunque, eso sí, mejor orientada que la actual; la que, desde el punto de vista moral es bien deficiente; por no decir que es amoral,

Esa enseñanza, debe experimentar una reforma integral, a partir desde las relaciones que resultan de la letra constitucional que garantiza la libertad de enseñanza.

Esta reforma, habrá de ser, ciertamente, causa de ardiente y, aún, de enconada lucha de parte de la reacción conservadora, siempre muy atenta a todo cuanto a estos particulares se refiere; porque se da cuenta de toda su importancia; pero cualquiera que sea el carácter que a esa lucha desee darse por cuantos estén dispuestos a resistirla, debe ser llevada adelante, si se desea dar bases enteramente democráticas a nuestras instituciones civiles y políticas.

De la enseñanza pública, la Iglesia, debe quedar a un lado. La enseñanza de la Iglesia en los 2,000 años que lleva de existencia, ha fracasado, ha demostrado su ineficacia. Empeñada en aterrorizar con castigos eternos de ultra tumba, en nada ha contribuído a la felicidad de los pueblos; los que, al contrario, se ha esforzado en oprimir, so pretesto de acercar las almas hacia un Dios que se presenta cruel y vengativo.

La Iglesia, cuando alcanzó el máximo de su apogeo político

y espiritual, en la Edad Media, desarrolló el máximo de su poder en oprimir las más caras libertades; sin conseguir hacer mejor al mundo; esto es, sin lograr que los espíritus fueran más sanos, menos frecuentes las guerras, más rápidos los progresos, más puro el corazón de los patrones con sus siervos, o mayor la felicidad de los hombres... En los momentos actuales, la Iglesia, con sus enseñanzas, no ha sido más afortunada en el seno de la más alta civilización...

La enseñanza pública debe quedar entregada enteramente a la dirección de los círculos docentes oficiales.

La libertad de enseñanza, sin decir lo que por tal enseñanza debe entenderse, es libertad de difundir el error tanto como de propagar la verdad; es libertad tanto de inspirar el amor como el odio a los demás; es libertad tanto de formar como de deformar el criterio de la infancia y de la juventud; todo lo cual, al Estado no puede, en manera alguna, serle indiferente.

Se puede argüir que las limitaciones a la libertad de enseñanza pueden llegar a ahogar la verdad en beneficio del error; lo que, de modo alguno, pudiera llegar a ser un hecho, si se distinguiese entre lo que es *divulgar* la verdad y lo que es *investigar* esa misma verdad.

Las verdades resultantes de la investigación, una vez comprobadas científicamente, pasarían a formar el caudal de las nociones destinadas a difundirse por medio de la enseñanza; de manera que, «la libertad de enseñanza» en la Constitución Política, debería reemplazarse por la *libertad de investigación y de crítica*...

Se argüirá que la Historia demuestra todos los inconvenientes de que van aparejadas las restricciones a la libertad; lo cual es generalizar demasiado; porque lo que la Historia demuestra son sólo los inconvenientes de que van acompañadas las restricciones a las libertades bajo el imperio de la ignorancia o bajo el poder de tiránicas potestades fanáticas; porque, esa Historia, no prueba nada, absolutamente nada respecto a las restricciones dirigidas contra la difusión de las ideas de discordia por meras diferencias ideológicas, como sucede con

las enseñanzas religiosas... Tampoco, esa Historia, nada prueba, pero absolutamente nada contra el ideal, buscado por la enseñanza, de un patrimonio espiritual común y uniforme respecto de unas mismas cosas, como resultado de las nociones conquistadas por la comprobación experimental o por la observación de los hechos.

Tengo el honor de suscribirme de Ud. muy atentamente obediente servidor.

ROBERTO ESPINOZA.

Ministerio del Interior
Chile

Santiago, 15 de Marzo de 1927.

Señor Dn.

Roberto Espinoza

Pte.

Muy distinguido señor:

Tengo especial agrado en acusarle recibo de su interesante carta de fecha 15 del mes pasado. Debo excusarme por la inmoderada tardanza de esta respuesta, que ha sido completamente involuntaria. Juzgando que el acierto y la profundidad de los juicios emitidos en su carta habrían de contribuir poderosamente a orientar a la opinión pública por el buen camino de la comprensión y de la equidad en la apreciación de los actos del actual Gobierno, dispuse que su carta fuera entregada a «La Nación» para su publicidad; pero ocurrió que ella fué traspapelada y sólo hoy he podido rescatarla y darme el placer de contestarle.

El tiempo de que dispongo para contestar mi correspondencia particular es muy estrecho, y por eso me voy a referir sólo a algunos aspectos fundamentales de su carta.

Dice Vd. que las fuerzas militares, colocadas inconscientemente, durante muchos milenios al servicio de la tiranía, dan en

Chile, en los momentos presentes, el espectáculo singular y edificante de encontrarse colocadas al servicio de la libertad. No es, a mi juicio, una verdad absoluta aquello de que las fuerzas armadas se hayan puesto sistemáticamente al servicio de la tiranía. Muchos ejemplos nos muestra la Historia en que, por el contrario, esas fuerzas, han estado al servicio de la libertad y han librado por consolidarla, cruentas y sangrientas batallas. Ello ha dependido del espíritu de la época histórica en que se han desarrollado los hechos y en gran parte también, de la mentalidad de los hombres que han sido sus jefes o caudillos. Descartado lo anterior, me parece perfectamente verídica y ecuánime su afirmación en cuanto a que en este momento de nuestra vida nacional, las fuerzas armadas se encuentran puestas al servicio de la libertad, dentro del concepto filosófico y jurídico que hoy alcanza en los pueblos más adelantados esta brillante conquista humana,

Coincido ampliamente con Vd, en apreciar que mientras las Naciones son entidades permanentes, los hombres, son entidades transitorias y efímeras que representan sólo un momento imperceptible de la vida de los pueblos y de la humanidad. Por eso, en este momento, a través de los acontecimientos en que me ha cabido actuar, he hecho abstracción absoluta de mi persona y de mis intereses para no pensar sino en Chile y en el porvenir de sus instituciones.

Esto último me ha preocupado especialmente y deseo referirme en este punto a un aspecto gravísimo que Vd. señala, cuando hablando de Mussolini y de Italia y estableciendo parangón entre ellos y nuestra situación, dice que lo que realmente interesa, no es tanto la obra del presente, cuyos frutos aunque ópimos, pueden ser efímeros, sino la seguridad de que estas conquistas se prolonguen y se aseguren para el porvenir mediante una sólida organización institucional que llegue a formar en nuestros conciudadanos una honda conciencia colectiva sobre las bondades del régimen. Exactamente, distinguido señor: mi preocupación principal, la significación precisa de mi permanencia en el Gobierno, es afianzar el régimen constitucional

que nos rige, es aplicarlo en toda su fuerza y en toda su integridad, librándolo de las mutilaciones lamentables a que, ya, en forma sensible, estaban sometiéndole los resabios, inextirpables, sin una acción enérgica, del régimen parlamentario, de la mentalidad parlamentaria de la gran mayoría de los hombres públicos chilenos de la presente generación. Es necesario cortar de raíz la maleza dañina de tanta corruptela y de tantos vicios políticos y morales que enredados a nuestro edificio institucional, impedían su libre y normal desenvolvimiento ocultando también las luces del progreso.

Esta obra será larga y penosa y demandará, sin duda, infatigables energías. Yo soy optimista y abrigo el firme convencimiento de que podremos realizarla y que, mediante una acción patriótica, fecunda e inspirada sólo en los grandes intereses nacionales, llegaremos a cimentar en Chile, sobre la base de una legislación honrada y progresista, nueva mentalidad política y ciudadana que necesita para prosperar en el futuro y para que las conquistas del presente se proyecten en forma armoniosa sobre el porvenir.

Con los sentimientos de su más alta y distinguida consideración, lo saluda su muy alto. y S. S.

CARLOS IBAÑEZ.

La cultura y las letras

DON Eliodoro Astorquiza, crítico literario de «El Diario Ilustrado» de Santiago, ocupó una de sus crónicas dominicales de ese diario en examinar un libro de cuentos publicado a fines del año pasado por el escritor nacional Manuel Rojas. Especialmente se detuvo el comentarista en el prólogo que acompaña a la edición de «Hombres del Sur».

En dicho prólogo me permití dar algunas indicaciones biográficas sobre el autor, indispensables, a mi juicio, por tratarse de un escritor que hace sus primeras armas o que, por lo menos, reúne por primera vez en volumen sus trabajos literarios. Entre los datos que dí, figuran los referentes a los trabajos que ha debido cumplir el autor para ganarse la vida. No son ellos precisamente oficinescos ni intelectuales, sino, por lo contrario, muy materiales y rudos.

Omití alusiones más estrictas a los estudios que pudiera haber hecho en su vida Manuel Rojas por una razón muy sencilla: el ignorar todo lo referente a esta materia. No sé, pues, si Manuel Rojas ha cursado las humanidades, como se atreve a suponer el señor Astorquiza, con base que ignoro. Con posterioridad a la publicación del libro he sabido, por confesión directa del autor, que sus aficiones literarias se despertaron por los consejos oportunos que le brindó, en la adolescencia, un joven a quien conoció en la ciudad argentina de Mendoza. Más tarde, la convocación a un concurso de cuentos por una publicación periódica de Buenos Aires, en momentos en que el autor sufría una aguda crisis económica, lo decidió a escribir cuentos. No le he preguntado al autor cuándo aprendió a es-

cribir ni en qué colegio: no me ha parecido ni me' parece necesario.

El señor Astorquiza revela en su artículo creer que para escribir como lo hace Manuel Rojas es necesario haber hecho estudios completos de humanidades y poseer lo que se llama en Chile, con indudable benevolencia, una cultura. Si alguien le asegura que un escritor meritorio no ha hecho tales estudios, el señor Astorquiza se siente inclinado a suponer que se le oculta la verdad. No me parece éste un camino correcto. La vida social nos impone aceptar lo que se nos dice con apariencias de seriedad, mientras no haya presunciones graves de que son sólo apariencias. ¿No piensa así el señor Astorquiza?

No pretendo con estas líneas llegar a la conclusión de que es mejor no haber hecho estudios literarios. Por lo contrario, el mejor camino literario me parece el de la cultura formal y estricta. No sólo lo señala la razón: lo confirma la experiencia. Un talento innato, que no ha tenido cultivo y se ha desenvuelto libremente, es casi siempre un poco lamentable. Se echa de menos en él, a menudo, la solidez de estilo que dan las lecturas de los clásicos, el rigor de la argumentación lógica, que no pueden proporcionar sino muchas y muy bien seguidas lecciones de la ciencia respectiva, y la variada elegancia que en la lengua y en el pensamiento dejan los conocimientos no literarios que acompañan a la cultura intelectual. Abundan los ejemplos relativos a las condiciones especiales que adornan la obra literaria del escritor que ha hecho estudios clásicos. Citemos, entre muchos otros, a Angel Ganivet, pensador español que en el transcurso de una breve vida escribió muchas páginas dignas de mención.

El estilo de Ganivet es vario y múltiple: tiene arrebatos, encendimientos y acometidas en que se revela su alma castellana de caballero, presta a tomar con decisión un camino y a defender con valentía una causa, siempre que ella sea noble y justa. Su pensamiento sigue siempre los cauces lógicos, y si a veces llega a la paradoja y choca con las costumbres generales, no es culpa que pueda achacarse al encadenamiento de

las ideas en la mente del escritor. Es sólo debido a la visión personalísima que éste tenía de la vida.

Ahora bien, Ganimet era un escritor excepcionalmente dotado y preparado para el cultivo de las letras. Estudiante distinguido de humanidades, no sólo cursó con brillo los estudios de las lenguas y de las literaturas griega y latina, sino que llegó a obtener los títulos y los grados que en España acreditan la competencia en los ramos que forman la cultura humanística.*

Con un pequeño trabajo de imaginación supongamos, por un instante, desprovistos de tales instrumentos al escritor que he citado. ¿Habría cambiado mucho la obra de este hombre por tal hecho? ¿O la cultura literaria es atañedora sólo a los detalles del pensamiento y de su traducción literaria y no al fondo mismo de donde extrae el escritor las formas de su labor? Mi opinión personal es que la obra de Ganimet no habría cambiado sustancialmente.

Los mismos pensamientos que en ella están desarrollados en su totalidad, con gradación precisa y lógica, y traducidos en palabras escogidas, cultas, bien dispuestas, se hallarían también en la obra que hubiese escrito el escritor indocto. Lo único que se echaría de menos en ella sería el orden metódico, el rigor lógico, la gradación, las galas de estilo, la disposición adecuada de los términos y la brillantez de la forma literaria. Menos riguroso en el curso de las ideas y menos galano en su forma: tal parecería Ganimet si hubiese estado desprovisto de la amplísima cultura intelectual que adquirió en su vida.

Pero sería volver a la vieja máxima «Lo que Natura non dat, Salamanca non prestat», jamás desmentida, pretender trabar discusión sobre tan viejo tema literario. Lo que el escritor no lleva en sí mismo, no hay academia, no hay escuela literaria que se lo dé. Y si ese escritor no sabe escribir—perdóneseme la paradógica suposición—, pero tiene algo que decir, lo dirá de viva voz, lo cantará o lo gritará, como pueda y alcance. ¿No es esto acaso lo que ha supuesto tantas veces la crítica

* Véase «El Porvenir de España», por Miguel de Unamuno y Angel Ganimet, *Renacimiento*, Madrid.

ante el obscuro origen de los poemas homéricos? No es esta la fuente de donde mana la grandiosa aportación *folk-lórica* a las diversas literaturas?

Indudable es también que la cultura literaria ayuda de manera poderosa al escritor. Merced a ella, como he indicado, sus pensamientos tienen trabazón lógica, se encadenan de manera adecuada y aciertan a presentar la verdad de la naturaleza en la forma verdadera que sólo dentro del marco de la lógica se concibe. También la cultura literaria da vigor e interés al estilo, lo levanta, le infunde amenidad y variedad. No pretendo decir con esto que el estilo pueda recibir los influjos exteriores que tan odiosos son al señor Astorquiza. Con él, pienso que un escritor sólo puede expresar en una forma una idea. Esa forma o el sistema de las formas que ese escritor emplea en traducir sus ideas, es lo que se llama comúnmente *estilo*. Pero entre un escritor que posee cultura y uno que no la posee hay la misma diferencia que entre un maestro y un aprendiz de un oficio cualquiera. Es una diferencia puramente accesorio. No toca a la integridad del trabajo que ambos ejecutan, sino al aprovechamiento de los materiales empleados y a la perfección del detalle en la obra resultante.

En menos palabras: es escritor el que tiene algo que comunicar a los demás, el que bajo las formas de la novela, de la poesía, del drama, del ensayo o del artículo, revela un tipo humano, una forma verbal, una situación moral o psicológica, un aspecto del pensamiento que sea interesante para los demás. No importa que ese individuo no sepa escribir o lo haga con incorrección, a saltos, sin pericia ni primores. La efectividad de su talento no disminuye por ello, y al admirarlo, la carencia de las condiciones adjetivas que da la cultura debe hacernos sólo lamentar una deficiencia; pero jamás arrastrarnos a disminuir las proporciones de dicho talento.

Otra observación del señor Astorquiza, en el mismo artículo que me ocupa, ha llamado mi atención. El crítico manifiesta su desvío por el sabor campesino de algunos cuentos de «Hombres del Sur». Dice, en efecto, que la literatura chilena en que figu-

ran rotos o bandidos, lo tiene ya rendido, y que ese género de personajes está, en su opinión, de sobra explotado. Para ello recuerda los nombres de Gana, Maluenda, Santiván y Latorre.

Parece desprenderse de esta observación del señor Astorquiza que no hubiese leído en el libro de Rojas sino tres cosas: el prólogo y los cuentos llamados «Laguna» y «Un espíritu inquieto», que le merece, por lo demás, muy francos elogios. Comparto su juicio: «Un espíritu inquieto» es el cuento más logrado de este volumen. Pero eso no significa de manera alguna que en los demás no haya fragmentos dignos de mención y hasta de primer orden. Me voy a referir a uno que desgraciadamente el señor Astorquiza parece no haber leído: «El bonete maulino».

Los personajes de este cuento son rotos y bandidos, tal como en algunos relatos de Latorre, Santiván, Maluenda y Gana; pero tienen algo personal y propio que en todo momento impediría que los confundiéramos con los creados u observados por los escritores citados. He aquí la diferencia, a mi modesto entender, entre el personaje central de este cuento de Rojas, Don Leiva, y los otros rotos y campesinos que circulan por las páginas de los cuatro cuentistas criollos mencionados más arriba.

Don Leiva, zapatero en Talca, es un ser que tiene una doble personalidad y en cuya vida, por lo tanto, presiden alternativamente dos principios. Mientras durante ciertos años de su vida—los de la juventud—se deja llevar por los placeres de la existencia y derrocha sus días y sus noches de jarana en holgorio, sin pensar en el porvenir, he aquí que de pronto sienta cabeza. Vuelve a su puesto de trabajo humilde y se apaga completamente su vida junto al banco de zapatero donde pega medias suelas, estaquilla y remienda el calzado de la vecindad. Cumple con su deber: ha formado una familia y le toca mantenerla. Es inútil que sus viejos camaradas de otros días vayan de vez en cuando a verlo para introducir en su alma la tentación. Don Leiva sigue estaquillando y sigue dando que hacer al tirapié y a la lezna.

Pero un día también se cansa de este vivir monótono; se

encuentra en plena madurez; las fuerzas le sobran; trabaja mucho, y todo ¿para qué? Para continuar pegado al banco, trabajando del alba a la noche sólo para comer él y su familia. Quiere hacerse rico; quiere gozar en los años de la declinación ese descanso que si continúa siendo zapatero no tendrá nunca. Entonces va a ver a dos amigos suyos, que son bandidos, con el objeto de que lo acepten en su pandilla. Los bandidos no tienen inconvenientes y Don Leiva comienza sus correrías en compañía de los irregulares. En el día, o por lo menos en ciertas horas, para no infundir sospechas, Don Leiva continúa en su banco, junto a la puerta de calle, trabajando y cantando. Quiere que todos sepan que continúa siendo zapatero. Pero en la noche sale sigilosamente de su casa y participa en dos, tres o cuatro golpes de mano.

Una vez la policía interviene, y Don Leiva, como los otros miembros de la banda, tienen que huir. Un compadre suyo recibe las ganancias que ha hecho en su temporada de bandidaje y queda con el encargo de mantener a su familia.

El ensueño ha terminado. Don Leiva llega a Santiago y aquí tiene que instalar nuevamente su banco y comenzar de nuevo a vivir con la parsimonia, la pequeñez y la monotonía de otrora. Empuña de nuevo la lezna, calza otra vez el tirapié y crea un nuevo hogar. Nada aparentemente ha cambiado en él; sólo en su alma ya no canta la cigarrá embriagada de sol sino que, a lo más, un ratón minúsculo e infatigable almacena para el invierno que se avecina.

No creo que haya en la literatura chilena anterior a la obra de Manuel Rojas personaje alguno que de manera tan eficaz, con relieve tan poderoso y atractivo para el lector, represente la dualidad esencial que en Chile, como en todos los países americanos, muestra la raza mestiza. En el alma de Don Leiva luchan dos principios, dos morales, dos manifestaciones de la energía individual. Una de estas manifestaciones es la tradición de esfuerzo, de paz, de civilización—en todo lo que esta palabra tiene de preponderancia de los instintos pacíficos sobre la pugnacidad original del hombre—, de contracción al trabajo, de

domesticidad, que aportaron a la raza mestiza los leoneses, aragoneses y extremeños que colonizaron el centro de Chile. Una herencia de siglos de trabajo fecundo y el influjo de las culturas extrañas que, envueltas en la ola de las invasiones, modelaron algunas facetas del carácter hispano, forman el aporte de la colonización española en nuestro país.

A la formación de la nueva raza ofreció el elemento materno —mujeres de la población autóctona que encontraron los españoles al invadir el territorio que habitamos— una herencia bien precaria. Nada de civilización, nada de contracción al trabajo, nada de domesticidad ni de laboriosidad ni de ingenio. En cambio de todo esto, los instintos primitivos en que se nota el antepasado de las cavernas. En efecto, el hombre aborígen de América, salvo las excepciones de México y del Perú, no contaba a la llegada de los conquistadores sino con rudimentos de cultura que apenas lo habían sacado del estado de salvajismo. Su ocupación fundamental era la guerra; la arquitectura no había sido descubierta por su mentalidad primitiva, el lenguaje se componía de lo más rudimentario; las ideas morales, religiosas y familiares eran escasas y pobrísimas. En todos los aspectos de la vida, el aborígen demuestra hallarse en una etapa elemental de su desarrollo. Los instintos pugnaces son más abundantes y más poderosos que los pacíficos; el hombre no sabe cultivar el campo y su alimentación es preferentemente la caza y la pesca y está completada con los productos naturales del suelo, los que se recogen sin cultivo previo. Como diversiones, el aborígen no sabe de otras que de las turbulentas. El holgorio es su estado normal; la remolienda marca la culminación de su placer en cuanto miembro de una sociedad.

De estas dos almas hay vestigios en la gente mestiza de Chile; de estas dos almas hay, también, huellas en la vida de Don Leiva. Y no venimos a saber esto porque el autor nos lo explique, basándose en los documentos que ha elaborado *a posteriori* la ciencia. No. Manuel Rojas nos cuenta los hechos de la vida de Don Leiva, sus alternativas, sus vicisitudes y sus vacilaciones, como simple narrador. La razón de estos cambios,

el sistema de fuerzas y de influencias que encubren, lo deduce el lector.

¿Hicieron otra cosa en su tiempo Balzac y Stendhal, maestros insuperados de la novela occidental? No nos dice Balzac que su Grandet sea avaro; lo prueba con los hechos de la vida de Grandet, con sus pensamientos, con la reacción de su alma ante el mundo y ante los hechos de los demás hombres. Tampoco Stendhal nos habla de la vanidad impulsiva de Sorel. Para hacérsola conocer nos presenta a Sorel en sociedad, nos hace asistir a las escenas en que dos seres se aman y, finalmente, nos hace contemplar la rivalidad de dos mujeres en torno al ser querido de ambas.

Tampoco hizo otra cosa Dostoyevski, maestro de la novela oriental o eslava. No nos dice el autor que el príncipe Muichkin sea un hombre de alma pura, una especie de cristiano pristino, liberado de todo egoísmo, de todo instinto violento. En cambio nos muestra a Muichkin como hombre, pensando, sintiendo, en una palabra: viviendo, y de este espectáculo deducimos la virtud del príncipe, su bondad franciscana y evangélica.

¿En qué cuento de Gana, Maluenda, Santiván o Latorre se nota esta antinomia que cada hombre del pueblo chileno lleva en su espíritu? ¿Cuál de nuestros cuentistas ha sabido leer con tanta claridad y sin presunción alguna de trascendentalismo en el alma del campesino? No pretendo negar la importancia de las obras de los cuentistas mencionados. Cada uno de ellos tiene un título especial por el cual merecen la estimación y aún más, el respeto de los lectores inteligentes. Pero debemos confesar que la obra de Manuel Rojas marca un paso adelante. Rojas, con intuición de escritor de raza, ha sabido dar en el detalle único, en el dato que nos hacía falta para precisar la imagen de nuestro pueblo. A mi entender, la filosofía que puede desprenderse de la obra de Rojas, por lo menos en lo que tiene relación con el aspecto campesino de la misma, es la que he formulado más arriba.

Luego Manuel Rojas es un escritor de talento, que tiene algo que contarnos, que posee pupila de novelista y que sabe explo-

tar la realidad ambiente y su propio tesoro espiritual para el arte que realiza. Que haya o no cursado humanidades, no le quita un ápice de su mérito.

Pero no será inoportuno decir aquí, para que lo sepa el que no haya leído la obra de Rojas, que este escritor tampoco se encuentra desprovisto por entero de las condiciones accesorias que, a mi juicio, necesita el literato. Las posee. Pero no las ha adquirido en la forma consagrada. No ha frecuentado universidades, ni ha leído mucho los clásicos, ni ha cursado las áridas disciplinas que prestan la cultura pero no dan el talento. Lo que sabe lo ha aprendido en contacto directo y cotidiano con el mundo ambiente, hacia el cual ha mirado con ojos simpáticos y escudriñadores. En él ha podido tocar con sus propios dedos la masa de que están hechos los hombres, ahondando en la maraña de sus caracteres y de sus pensamientos. A veces podrá resentirse su estilo de alguna flojedad, monotonía o discordancia. Pero jamás empuñará Manuel Rojas la pluma sin tener algo que contar. Jamás se entregará a juegos triviales en que entre más el ingenio que la verdad humana, profunda y áspera, en que bebe inspiración.

¿Vale por esto menos un escritor? No creo que el señor Astorquiza pueda convencerme de tal cosa.

RAÚL SILVA CASTRO.

Régimen de inversión de los fondos públicos

LA Ley Orgánica de Presupuestos (Decreto-Ley N.º 718, de 13 de Noviembre de 1925), recomendada por la Misión de Consejeros Financieros que presidió Mr. Edwin Walter Kemmerer, procura encuadrar estrictamente los gastos de la administración dentro de un correcto cálculo de entradas para dar fin a los déficit crecientes con que cerraba cada ejercicio financiero de la República. A este objeto principal corresponde también la creación de la Oficina del Presupuesto de dependencia directa del Presidente de la República y, en parte, la de la Contraloría.

Esta base sirve de antecedente inmediato a las nuevas formas de inversión de fondos públicos y de contabilidad que de ellas se deriva. En casi todas las recomendaciones de la Misión se encuentra algún concepto que, directa o indirectamente, introduce reformas sustanciales.

Queda fuera de los propósitos de este artículo revisar las normas de política general que en materias de finanzas y economía han estatuido los decretos-leyes. Sólo nos interesa hacer un breve resumen de los nuevos conceptos que van a tener aplicación en la práctica administrativa.

Desde este punto de vista, las reformas introducidas se hallan sintetizadas en el artículo 16 de la Ley Orgánica, que dice a la letra: «Todas las entradas constituirán *un solo fondo indivisible* y con él se cubrirán *todos los gastos de la administración pública*».

Para dar aplicación efectiva al artículo, la Ley Orgánica establece que todas las entradas y gastos de la administración

deben figurar en la Ley de Presupuestos, y que, en caso de presentarse necesidades urgentes e imprevistas, los fondos se concederán en 'ítem extraordinarios'. Estos ítem, como su nombre lo indica, ingresan al régimen y caducidad del Presupuesto.

De aquí se desprende que el ejercicio financiero de un año resulta manifestado en su totalidad por el Presupuesto y la Cuenta de Inversión correspondientes, los cuales deben saldar conformes en su debe y haber, como en cualquiera contabilidad particular, hasta en los últimos centavos. Obsérvese que la Ley suprime los decretos de insistencia y toda otra forma de exceder en gastos al Presupuesto.

Consecuencia inmediata, es la supresión de las cuentas especiales, salvo las provenientes de empréstitos y otras de que se habla más adelante.

Las cuentas especiales que antes podía autorizar la ley daban origen a inversiones privilegiadas que se efectuaban separadamente del Presupuesto, por sobre toda consideración de falta de fondos para mantener los servicios esenciales del Estado.

El régimen actual exige un Presupuesto que no olvide ningún gasto que corresponda a obras o nuevas orientaciones de los servicios que exijan más de un año para su realización. Debe desaparecer el caso frecuente de paralización de obras o nuevas organizaciones, motivada por imprevisión de los Presupuestos; y con este fin los decretos-leyes encomiendan a la Oficina del Presupuesto los trabajos indispensables para que los gastos públicos se hagan en forma coordinada dentro del año y de un año a otro. Confirma lo anterior el art. 8 de la Ley Orgánica, que 'presume que el presupuesto de gastos es un cómputo exacto de las cantidades necesarias para atender los servicios públicos en él comprendidos'. En lo relativo a cuentas pendientes, esta presunción no admite prueba en contrario, pues, de otro modo, ellas se podrían originar sin limitación alguna por la sola autoridad de los funcionarios públicos.

Resumiendo, podríamos decir que todas las operaciones del Fisco deben pasar por Caja, una sola, a cuyo haber sólo pueden existir partidas autorizadas por un ítem ordinario o extra-

ordinario. (Los fondos en manos de los tesoreros los resguarda el artículo 21 de la Constitución, que dice: «Las Tesorerías del Estado no podrán efectuar ningún pago sino en virtud de un decreto expedido por autoridad competente, en que se exprese la ley o la parte del Presupuesto que autorice aquel gasto»).

Desaparecen cuentas como la de «derechos de matrícula» y las de construcciones con cargo a remates de terrenos fiscales, y cesan autorizaciones de inversión directa, como la del Director de Correos (suprimida en 1925) para distribuir en el fomento del servicio el producido de arriendo de casillas. Las reparticiones que contaban con «fondos propios» y que no tienen patrimonio separado del fiscal, pueden proceder discrecionalmente a su inversión, pero el dinero debe aparecer en el Presupuesto. (El régimen de los fondos propios aún no se ha adaptado a las nuevas disposiciones).

Se exceptúan del ingreso al Presupuesto los empréstitos, las emisiones de bonos y vales del Tesoro y análogas operaciones de crédito; aquellos fondos erogados por particulares para su exclusivo servicio y que, por tanto, no tienen el carácter de fiscales, como las pensiones de pupilos, y los depósitos en dinero que tienen el valor de fianzas o cauciones. Las excepciones mencionadas resultan enteramente de acuerdo con la clasificación y definición que la misma Ley da al término «entradas» del Erario, (Arts. 11 a 13 del Decreto-ley 718).

ESTEBAN RIVADENEIRA.

ECOS DE PARÍS

UNO de los acontecimientos literarios que más han interesado a la opinión francesa es, sin duda alguna, la elección de Courteline para la Academia de los Goncourt. Producida la vacante que ha venido a llenar el autor de «Boubouroche», muchas conjeturas se hicieron sobre el posible sucesor del sillón vacío. Había dos corrientes bien distintas. Mientras en la primera se pronunciaban con frecuencia los nombres de escritores consagrados, como Beaubourg, Lacour, Guiches, en la segunda el designado era el novísimo Duhamel, cuya obra revolucionaria cuenta cada día con más admiradores.

Los interiorizados dicen que cuando se habló de Courteline, las opiniones se unificaron inmediatamente. Nadie como este novelista placentero y picante, contaba para ingresar a la corporación de los diez con más justos títulos.

La votación fué interesante: Courteline obtuvo ocho votos; René Benjamín obtuvo uno. El que votó por M. Benjamín, según se ha sabido después, fué Leon Daudet.

Courteline entra a la corporación literaria más importante de Francia cuando una carrera de más de treinta años ha asentado con caracteres definitivos su renombre. Sus obras, llenas de picardía, de ironía, de sarcasmo, han corrido en múltiples ediciones y se han traducido a todos los idiomas europeos. Los personajes de sus novelas y cuentos son el oficinista que todos conocemos, el pequeño burgués, el funcionario metódico y estólido que alguna vez nos ha tiranizado...

La acogida que los diarios y los periódicos literarios han prestado a Courteline con motivo de su designación ha sido unánimemente favorable.

* * *

La multiplicación de las salas de lectura en las bibliotecas y en las instituciones sociales, ¿perjudica al comercio editorial y significa una amenaza para los editores y libreros y, por ende, para los autores?

Tal es la interrogación fundamental de una encuesta que en una revista profesional, «Bulletin des librairies», ha iniciado M. Paul Garcin. He aquí las preguntas que M. Garcin ha redactado:

«1.º Desde hace algunos años el número de salas de lectura ha aumentado en grandes proporciones y el público ha adquirido, cada vez más, el hábito de prestar los libros. ¿Es justo y razonable que los escritores se vean privados en esta forma de los derechos de autor que son legítimos?»

«2.º Las salas de lectura ¿suscitan nuevos lectores y nuevos compradores o, por lo contrario, tienden a disminuir siempre el número de compradores de libros? ¿Cuál es su opinión?»

Aun no se conocen las respuestas que ha provocado la interesante cuestión planteada por M. Garcin. Es indudable que hay en este asunto un problema que interesa vivamente a los editores, a los libreros y a los autores.

En nuestra opinión, M. Garcin ha insinuado en la segunda de sus interrogaciones el aspecto tal vez más importante del asunto. Las salas de lectura, por lo general, significan un incremento de la curiosidad literaria de sus concurrentes, lo que se traduce en una mayor venta de los libros. ¿Cómo robustecer en este sentido y no en otro la acción de las salas? Tal es el punto candente de la cuestión.

* * *

Es bien sabido que los premios literarios no contentan a todo el mundo. No sólo quedan descontentos los autores no laureados o los que obtuvieron una recompensa inferior a la que

creían merecer. También la crítica hace de los concursos, y más particularmente de los jurados de los mismos, una disección impiadosa en cada una de estas oportunidades. ¿Toda la crítica?

No toda la crítica, es claro, salvo ocasiones excepcionales. Una de estas ocasiones es la que se presenta actualmente. Hace poco la Academia Goncourt otorgó el premio que anualmente discierne a los libros publicados en el período anterior. Este año el autor laureado fué M. Henri Deberly, por su «Supplice de Pèhdre», libro adocenado que cuando salió no obtuvo los sufragios más entusiastas de la crítica independiente.

Y ahora, premiado ya M. Deberly, la crítica, con una rara unanimidad, ha fallado contra los Diez. Se dice, por ejemplo, que el libro de Deberly no tiene esa «originalidad fresca y atractiva para la cual ha sido creado el premio Goncourt». Se recuerda que hace algunos años las decisiones de la Academia atraían sobre el autor premiado y su obra anterior y futura un interés y un entusiasmo considerables. Hoy no. M. Deberly no goza de popularidad y el premio Goncourt no parece que se la va a dar tampoco.

Seguramente ha sido una decisión errada de la Academia Goncourt. ¿Pero hay alguna corporación de esta clase que no yerre?

* * *

Si a usted, lector, se le dice que últimamente ha habido un escándalo literario en París, ¿en quién piensa? En André Gide, ¿no es verdad? Pues bien, el último escándalo literario de París ha sido producido por M. André Gide.

Empresario de todos los sucesos culminantes, personalidad en la cual confluyen diversas culturas y, por lo tanto, diversos espíritus literarios, André Gide no puede vivir sino rodeado de esta atmósfera tensa que recibe cada una de sus cuchufletas y de sus exageraciones con una sonrisa y un aplauso.

Hace poco, el maestro llamó la atención universal con una obra que había escrito muchos años antes, pero que había edi-

tado en un corto número de ejemplares. La reedición pública de «Corydon» fué, en efecto, la piedra que se arroja en un estanque de aguas dormidas. ¡Qué explosiones, que locura! Mientras unos lo denostaban violentamente, los otros montaban guardia en torno al maestro.

Después insistió en la misma nota, bajo una forma diversa, con su obra «Si le grain ne meurt», especie de confesiones a lo Rousseau, con una diferencia: que Gide defiende con más desenvoltura, más directamente, sus pecados o sus... costumbres.

Y ahora último acaba de lanzar, a la circulación privada solamente, una profesión de fe cristiana, bajo la forma de un pequeño librito titulado «Numquid et tu?» ¿Por qué este trabajo de Gide tiene la virtud de ser más escandaloso o, por lo menos, tan escandaloso como los otros?

Esperemos que el mismo Gide nos lo explique, si no en una forma propiamente explicativa, al menos dando a las prensas una edición libre de su confesión íntima.

ESPECTADOR.

NOTICIARIO

HA comenzado a publicarse en Madrid un importante periódico de información literaria titulado «La Gaceta Literaria», que comprende novedades no sólo de las letras de lengua española, sino también de todo el mundo. Está dirigido por E. Gutiérrez Caballero y cuenta entre sus colaboradores a un buen número de jóvenes escritores peninsulares. En los números ya aparecidos ha podido advertirse un laudable propósito de buena información y de valiente crítica, que lo acerca más a la extrema izquierda literaria que a las filas de la retaguardia. Sin embargo, conserva su imparcialidad informativa y es, volvemos a decirlo, un magnífico portavoz de las iniciativas intelectuales de España y de América,

—El nuevo académico francés M. Louis Bertrand, ha publicado últimamente un libro lleno de interés sobre Santa Teresa de Jesús. Considera a la santa de Avila no sólo como fundadora sino también como escritora, y traza una animada biografía de esta figura excepcional.

—Poco después de dar a luz una extraordinaria obra, titulada «Jesús: un mito», el crítico danés Jorge Brandes falleció a una avanzada edad. Los trabajos críticos de Brandes comenzaron a conquistarle un prestigio universal hacia fines del siglo pasado. Muy ilustrado, muy laborioso, su curiosidad espiritual le llevó hacia todos los campos. No sólo la literatura le proporcionó temas de estudio. También se los dieron la filosofía, la pedagogía, la psicología, la medicina. Seguramente lo que

más vale de su ingente labor son los volúmenes biográficos, entre los cuales se cuentan sus ensayos sobre Dostoyevski, sobre Shakespeare, sobre Goethe, sobre Anatole France, su paralelo de Napoleón y Garibaldi, etc. El último libro que publicó Brandes tiene por objeto probar que la existencia de Jesús no es necesariamente histórica. Según el autor, Jesús es nada más que un mito como todos los que han dado orígenes a las diversas religiones.

—El 20 de Febrero último se ha celebrado el 250º aniversario de la muerte del filósofo Spinoza. Con este motivo se han escrito numerosos artículos sobre la significación de sus doctrinas y su influjo sobre el movimiento de las ideas modernas. Un grupo de admiradores del maestro ha lanzado la idea de adquirir la casa de La Haya, en que escribió Spinoza su «Ética» y en la cual murió, a fin de establecer allí un museo spinoziano.

—Otro aniversario aún: en Mayo del año en curso se enterarán trescientos años de la muerte de Góngora. La figura del poeta cordobés, arrinconada en los tratados literarios durante buen número de lustros, ha venido a tener inusitado brillo en el siglo actual, gracias al movimiento de renovación de las letras. Los modernos poetas llaman su maestro al autor de las letrillas admirables, de los bien laminados sonetos y de las tenebrosas «Soledades». La mejor iniciativa para conmemorar este aniversario—fuera del concurso abierto no ha mucho por la Academia Española—consiste en la anunciada edición de sus obras. Esta colección comprenderá seis tomos. En el primero se publicarán las Letrillas, comentadas por Alfonso Reyes; en el segundo, los Romances, por José María de Cossío; en el tercero, los Sonetos, por Pedro Salinas; en el cuarto, las Octavas, por Jorge Guillén; en el quinto, las Soledades, por Dámaso Alonso, y en el sexto, Poesías Varias, por Miguel Artigas. Esta colección, si no bastara con los nombres de los escritores a quienes han sido confiadas la edición y el comentario,

será prestigiada por la «Revista de Occidente», que ha prohi-
jado la iniciativa.

—Un escándalo literario en Madrid: de tal puede calificarse la defección de Ramiro de Maeztu, de la redacción del diario madrileño *El Sol*. El escritor vasco, que desde buen número de años formaba parte de la plana mayor del importante diario, ha manifestado a su director que no puede continuar trabajando allí, y ha comenzado a colaborar en *La Nación*, órgano oficioso del gobierno del General Primo de Rivera. Se dice que en este diario Ramiro de Maeztu no será sólo un colaborador más, sino algo como un inspirador de la doctrina y de las opiniones generales.

—El P. E. N. Club sigue extendiendo sus núcleos por todas partes del mundo. Recientemente ha sido fundada la sección correspondiente a Bulgaria, que será presidida por el escritor Chichmanov, profesor de la Universidad de Sofía.

—En uno de los últimos números del año pasado dimos cuenta en esta misma sección de la acogida extraordinariamente calurosa que los escritores franceses habían dispensado a su colega austriaco el poeta Rainer María Rilke. Hace poco, el poeta Rilke falleció en un hospital francés, atacado por una inesperada enfermedad.

—La figura de Balzac ha sido objeto de nuevos estudios en Francia. Dos libros nuevos sobre las mujeres que tuvieron influencia en la vida del novelista, han sido editadas recientemente. Al mismo tiempo, el crítico literario Jean-Jacques Brousson, célebre por su libro «Anatole France en pantoufles», ha formulado serios reparos a la autenticidad de unas cartas que se habían atribuído a la señora Hanska, con quien contrajo matrimonio Balzac en las postrimerías de su vida. De la investigación hecha parece resultar que las tales cartas eran sólo una superchería aventurada.

—En una reciente reunión del centro parisiense del P. E. N. Club, celebrada el 18 de Marzo último, han sido recibidos como huéspedes oficiales el novelista inglés H. G. Wells, el dramaturgo italiano Luigi Chiarelli, el dramaturgo ruso Nicolás Eurenoff y la escritora sueca Marika Stjerstedt.

—En la interesante colección que se publica en París bajo el nombre genérico de «Le Roman des Grands Existences», ha aparecido un libro de Marius André, titulado «La veredique aventure de Christophe Colomb». En este libro se trata de destruir la creencia, un poco legendaria, de la sabiduría de Colón. En cambio de esa sabiduría, M. André supone que Colón era un hombre de un poder de sugestión verdaderamente sobrenatural. Consigue colaboradores para su difícil tarea, arrastra a los hombres a su empresa descabellada, vence todos los obstáculos que se le presentan al paso. Ignorante pero lleno de bríos, zafio pero dueño del genio de la aventura, tal aparece Colón después del agudo análisis que hace de los datos de la historia el autor de la novela de su existencia.

—Se ha hablado nuevamente en España de levantar un monumento a «Clarín», el sutil crítico literario y catedrático de Oviedo, que trazó tan honda huella en la literatura española de su tiempo. Según parece, el monumento se levantaría en las cercanías de Oviedo, en un sitio llamado Campo de San Francisco, bajo cuyos árboles «Clarín» se complacía paseando y meditando.

—Una nueva novela de Máximo Gorki se ha publicado hace poco en Berlín, y en alemán. Su título es «La obra de los Artamonoffs», y muestra de mano maestra el cambio de mentalidad suscitado en el pueblo ruso por los avances del industrialismo en la vida general.

OMEGA.

EX - LIBRIS

BAJO LA LENTE.—*Eugenio Labarca.*

Libro escrito en estilo suelto y liviano que se lee con interés. Tiene la forma de una novela desarrollada en el diario que lleva un joven escritor, y nos imaginamos que en realidad debe ser la confección de algunos flirteos y episodios íntimos de la vida del autor, pero, además y sobre todo, es una crónica de algunos aspectos de la vida santiaguina cuyos personajes aparecen con nombres fácilmente descifrables.

Una nota ligeramente frívola predomina en todas sus páginas. Sin embargo, la que pudiéramos llamar heroína, Andrea, experimenta al final una metamorfosis semejante a la que experimentara Don Quijote en su lecho de muerte. Con la diferencia de que Andrea no se prepara a morir, sino que al arrepentirse de sus mariposeos anteriores, abraza una vida nueva, sana y natural que encuentra en el calor del hogar y en el amor de su marido y de sus hijos.

Hemos recibido el primer número de la revista **PARÍS AMÉRICA**, publicado por la Casa Editorial del mismo nombre (14 y 16 Boulevard Poissonière, París) y que se vende al precio de 4 pesetas.

El sumario, que es interesantísimo, publica las siguientes novelas completas: *Tres Cuentos inéditos*, por José Vasconcelos; *El Marqués de Lumbría*, por Miguel de Unamuno; *Los Tres Amores de Benigno Reyes*, por John Antoine Nau; *Córdoba del recuerdo*, por Arturo Capdevilla; *Magín*, por Eugenio d'Ors, y *La Tapera del Cuervo*, por Javier de Viana.

Además publica artículos sobre Cinematografía, Música, Bibliografía; Opiniones de publicistas franceses sobre la ocupación de Nicaragua por Norte América; Siluetas literarias, por Max Daireaux, etc., etc.

Para el segundo número se anuncian seis obras completas de Armando Palacio Valdés, Gabriela Mistral, Francis de Miomandre, Antonio de Oyos, Augusto d'Halmar y Ricardo Palma.

EL PRECIO DE LA LIBERTAD, por *Calvino Coolidge*.—Editorial Cervantes, Barcelona, 1927.

La Editorial Cervantes acaba de poner a la venta el primer tomo de su nueva Colección Sócrates, cuyo plan de publicaciones nos parece muy acertado. Este primer tomo se debe al Presidente de la República norteamericana Calvino Coolidge, y se titula «El precio de la libertad».

El Presidente norteamericano se nos presenta en esta obra como hombre de pensamiento. Las ideas que expone, con profundidad, método y nitidez, exhiben al estadista, sus puntos morales y filosóficos, y son en cierto modo una justificación de la vida de su pueblo.

La obra contiene los siguientes capítulos:

El precio de la libertad.—Las cosas que no se ven.—El poder de la ley moral.—Los instrumentos del progreso.—Los soportes de la civilización.—El sentido de la Democracia.—El objeto de América.—El destino de América.—Necesidad de la educación.—El avance hacia la libertad.—Las limitaciones de la ley.—El título de Legión Americana.—El lugar que le corresponde a Lincoln.—Teodoro Roosevelt.—La herencia de Hamilton.—Guillermo MacKinley.—Ulises S. Grant.—Ardrés Carnegie.

Tanto los temas políticos como los de educación están abordados con suficiencia; pero donde el libro va hacia la maestría es en las biografías de los grandes hombres norteamericanos, que el autor presenta como un ejemplario.

«El precio de la libertad» es un libro de muy útil lectura en Chile.

SOR PASCUALINÁ, por *Julio Zeyer*.—Editorial Cervantes, Barcelona, 1927.

Era ya conocido nuestro, por sus «Tres leyendas sobre el Crucifijo», este célebre escritor checo.

En «Sor Pascualina» se muestra atraído por las misteriosas leyendas religiosas del Oriente y por el ascetismo de las tradiciones cristianas. El simbolismo y el espiritualismo que dejaron impresa su huella en otras obras de este autor, se revelan poderosamente en esta impresionante novela, en la que al exotismo y el romanticismo de la acción se sobrepone la morbidez y melancolía del alma eslava.

Cierra el volumen una bellísima novela corta. «Rococó», cuadro de la época que Watteau immortalizó en la pintura francesa.

MILLONARIOS A LA FUERZA, por *E. Phillips Oppenheim*.—Editorial Cervantes, Barcelona, 1927.

Como VII tomo de su biblioteca «Los príncipes de la literatura», nos da hoy esta Editorial «Millonarios a la fuerza», novela deliciosamente regocijada que hará popular entre nosotros al célebre humorista inglés.

No conocíamos ninguna novela de este autor y, en verdad, debemos decir que no nos ha decepcionado la lectura de «Millonarios a la fuerza». Dejando aparte la fuerza humorística de la novela, humorismo del mejor género, reconocemos en Oppenheim una rara habilidad para hacer gala de su envidiable ingenio y un poder de fascinación al que difícilmente puede escapar el lector. Toda la obra está matizada de finas ironías y el que la lee no puede reprimir la risa ante los alardes de gracia del autor, que sabe también dar un justo relieve a sus simpáticos personajes.

EL NILO Y LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA, por *A. Moret*.—Editorial Cervantes, Barcelona, 1927.

Con esta obra del sabio profesor de la Sorbona, A. Moret, llega a su tomo VII la «Biblioteca de Síntesis Histórica. La Evolución de la Humanidad».

El Egipto es, entre todos los pueblos del Oriente antiguo, el que mayor atracción ha ejercido siempre por la belleza de sus mitos divinos, por su organización social y religiosa y por la grandeza de sus monumentos. El profesor Moret, uno de los más eminentes egiptólogos actuales, evoca en este libro los orígenes y explica el *despotismo sagrado* de Ra, el demiurgo, y Osiris, Dios del agua fecundante y de la vegetación, encarnados en el Faraón, apoteosis viviente de todos los poderes. Después precisa las etapas ulteriores y aclara las transformaciones profundas de este Egipto considerado largo tiempo como refractario a todo cambio, hasta que una oligarquía de sacerdotes y nobles se impone al monarca y surge posteriormente la revolución que había de emancipar a la masa, sin que por esto pierda el poder su carácter tradicional esencialmente religioso.

Agreguemos, sin temor a remordimientos posteriores, que es un libro magnífico.

EMBRUJAMIENTO, por *Elisabeth Mulder de Dauner*.—Editorial Cervantes, Barcelona, 1926.

Con este volumen, aparece en las letras españolas una poetisa fuerte, muy poco peninsular, muy hija del Norte.

Hay en «Embrujamiento» completa ausencia del lirismo dulzón que se encuentra en muchos libros de mujeres. Está escrito escueta y secamente, con trazos hondos y sobrios. Es un libro amargo y apasionado, con zarpazos de rebeldía y de ironía, que a veces desaparecen ante un soplo de sensualismo atormentado y doloroso o de una angustia alucinante del más allá. Es «Embrujamiento» un libro inquieto y nervioso en el que han dejado un extraño sedimento las palpitaciones del sentimiento y las divagaciones de un espíritu fuerte, rebelde y dolorido, cuyas canciones tienen tristeza y magnetismo de vida.

GLOSARIO DE REVISTAS

Un nuevo Proust: René Béhaine

En un número reciente de *Vient de paraître*, la magnífica revista de información literaria que se publica en París, hemos leído un artículo sugestivo sobre la obra de un nuevo Proust. René Béhaine es el nombre de este escritor a quien el autor del trabajo, Yves Gandon, compara con el sutilísimo analista de «Sodoma y Gomorra».

René Béhaine es un nombre literario casi enteramente desconocido, por lo menos fuera de las fronteras de Francia. En opinión de M. Gandon, este desconocimiento injusto se debe a diversas causas que han contribuido a obscurecer la obra de un escritor de altos méritos. No le han faltado a Béhaine críticos inteligentes que lo han sabido situar en su lugar. En 1908, nos cuenta M. Gandon, Paul Revoux, por ejemplo, con ocasión de la primera novela publicada por Béhaine, manifestó que su autor debía ser colocado junto a Flaubert y a

Jules Renard. En efecto, la finura de su observación, el vigor de su estilo y la propiedad de todos los detalles, relacionan su labor a la de ambos maestros.

Las novelas de Béhaine son cinco hasta el momento, y están reunidas bajo un título común, «Historia de una sociedad», como las de Balzac y las de Zola. Sus títulos particulares son: «La conquête de la vie», «Les nouveaux venus», «Les survivans», «Si jeneusse savait...» y «L'Enchantement du feu».

¿Por qué recuerdan a las obras de Proust? M. Gandon nos lo dirá: «¡Iguales por la acuidad psicológica, sea! Pero la rebusca de uno y la de otro no nos llevan al mismo mundo. Proust limita su trabajo a esa sociedad muy especial y facticia de los salones parisienses. M. René Béhaine, al contrario, tiene como principal objeto de su estudio los medios burgueses de la provincia. Por lo demás, la poderosa introspección de M. Béhaine, aun cuando se mani-

fieste bajo una factura proustiana, conserva un acento particular que la diferencia. Me explico. Proust, desde la primera página, con su extraordinario valor de psicólogo, se demuestra como el enfermo—de genio—que analiza en una cámara cerrada la vida de la cual está excluido. Su absoluto desprecio por una moral, tras la cual se encuentra situado *por naturaleza*, no es del todo independiente de su estado físico. Es el clínico helado, que no puede mover con nada, desde el punto de vista de una ética, el dolor o la infamia humanos. M. Béhaine, al contrario, sin ser menos lúcido, es perfectamente sano y profundamente honrado. Las viejas nociones de conciencia y de deber—que no tienen nada de común, en él, con la convención o el prejuicio—no lo dejan insensible. Frente a un mal que desaprueba, sabe proponer la triaca oportuna. ¿No se trata, pues, de dos figuras distintas?

El lector nos habrá perdonado la extraordinaria longitud de la cita por lo bien que ella nos permite distinguir los aspectos de los escritores mencionados. Mientras Proust analiza figuras de un mundo escogido, excepcional, M. Béhaine nos introduce en el subsuelo psicológico de una humanidad más amplia, tal vez más espesa y, por eso mismo, menos cono-

cida por dentro. Sus personajes pertenecen a la burguesía provinciana y tienen las viejas virtudes y los viejos vicios de las burguesías: la pequeñez de alma, la avaricia, la mojigatería, la escrupulosidad, etc.

A continuación M. Gandon expone en breves frases la acción de las novelas de Béhaine, que seguramente deberán ser continuadas por su autor. Comienza su intriga en los años del segundo Imperio (1870) y abarca, entre otros escenarios de menor importancia, una ciudad provinciana, que el autor ha llamado Saint-Loup, y París.

El autor de este artículo no disimula su admiración por M. Béhaine, y acongojado con el escaso valor de los resúmenes que ha hecho de sus obras, dice: «... es tan rica, tan densa de humanidad; se prolonga en resonancias tan preciosas, que el único medio verdadero de dar una idea de ella sería probablemente proceder a citar». Luego nos transcribe, en efecto, algunos trozos extraídos de dos de los tomos que componen la obra, el primero y el último.

Al finalizar su trabajo, M. Gandon evoca los nombres de Balzac, Flaubert y Dostoyevski, como los grandes creadores de personajes de novela en quienes parece haber bebido inspiración, sin perder su originalidad, M. Béhaine.—S.

